

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



Andrés Vesale.

25 de Octubre de 1852.

Tomo x. 28



## ANDRES VESALE.

Damos los apuntes biográficos de un hombre que puede considerarse como el primero que combatió victoriosamente los errores anatómicos de Galeno; por esta razón todos le creen el verdadero creador de la anatomía moderna, y por consecuencia uno de los mejores anatómicos que han existido.

Este hombre dignamente célebre nació en Bruselas el 31 de diciembre de 1514. Después de haber hecho en Louvain sus estudios preparatorios, pasó á Montpellier, y mas tarde á Paris, en cuya capital debió consagrarse exclusivamente al estudio de la anatomía bajo la dirección de J. Sylvius. Posteriormente á estos graves estudios, en los cuales dió singularísimas pruebas de su gran talento, abrió en Louvain una clase de anatomía, y dió en ella lecciones públicas, á las que asistían los hombres mas eminentes en medicina de todos los países de Europa.

El año de 1535 formó parte del ejército de Carlos V en clase de médico, y no pasó mucho tiempo sin que fuese llamado á Padua, donde se acrecentó tanto su reputación como profesor de anatomía y de cirugía, que muchas veces reunió en derredor de su cátedra mas de quinientos oyentes. En esta ciudad tuvo por amigos íntimos al Ticiano y á Calcar, cuyos pintores eminentes dibujaron á petición suya las planchas que aun actualmente adornan su grande obra: *De humani corporis fabrica libri septem*.

Por los años de 1543 abandonó á Padua para ir á enseñar sucesivamente á Bolonia y á Pisa la profesión que tanto crédito le habia grangeado. Pasado algun tiempo mereció la grande honra de ser nombrado médico particular de Carlos V, y después de su hijo Felipe II, con cuyos monarcas tuvo las mas íntimas confianzas.

El indisputable mérito de Vesale le grangeó un sinnúmero de émulo ó enemigos que no podían mirar pasivamente los elogios que la Europa toda le consagraba. Fué inhumanamente acusado de haber abierto el cuerpo de un gentil-hombre que vivia aun, y le condenaron á que hiciése un viaje á la Tierra Santa para que espíase un crimen que no cometió. Cumplido el término de tan injusta y obligatoria expedición, durante la cual tuvo que sufrir infinidad de aventuras y contratiempos, regresaba á su patria cuando sorprendió á la nave que le conducía una horrorosa tempestad que le arrojó á la costa de la isla de Tanta, en la cual murió acosado por el hambre y la sed el 15 de octubre de 1554.

Habia leído todos los autores antiguos, pero poco satisfecho de este primer resultado, se propuso estudiar especialmente el cuerpo humano. Vesale demostró primero que nadie, que la disección era un modo mas conveniente de llegar al conocimiento de la anatomía que el estudio, hasta entonces tan preconizado en las obras de Galieno. Sus frecuentes indagaciones acerca de la estructura del hombre y de los animales le condujeron naturalmente á descubrir los errores de Galieno, los cuales indicó con extraordinaria franqueza, demostrando en diferentes partes de sus obras, que aquel gran médico habia descrito el cuerpo humano con arreglo á las disecciones de los animales. Esta conducta que hubiera debido merecer á Vesale la estima-

ción y la admiración de sus contemporáneos, no sirvió mas que para escitar las sórdidas pasiones de los celos y de la envidia. Galieno habia tenido el cetro de las inteligencias humanas durante muchos siglos, y sus obras eran consideradas como el único manantial posible de conocimientos anatómicos, y en todas las discusiones, se invocaba como argumento final y decisivo sus opiniones en medicina, del mismo modo que en filosofía se invocaban las de Aristóteles. El primero que penetraba en este laberinto de la inteligencia, y que hacia flotar la bandera de la razón y de la verdad, en oposición á las preocupaciones y á la autoridad, debia forzosamente esperar el antagonismo de aquellos que se habian contentado con seguir las huellas rutinarias de sus antecesores. Los anatómicos que en sus lecciones se habian apoyado constantemente en la autoridad de Galieno, como fuente de toda noción anatómica, se indignaron al ver que los errores de su maestro habian sido señalados y descubiertos por un hombre tan jóven como Vesale; pero las acaloradas controversias que se suscitaron en esta ocasión fueron, en definitiva, favorables para los progresos de la anatomía, en razón á que muchos de aquellos que se encontraban empeñados en la discusión, debieron demostrar sus propias opiniones, ó combatir las de sus adversarios por medio de argumentos sacados de la disección.

Su grande obra sobre la estructura del cuerpo humano, la publicó á la edad de veinte y cinco años. Esta obra encierra tal conjunto de nociones completamente nuevas, que indudablemente se la puede considerar como un libro que constituye una nueva era en la historia de la anatomía. No podemos menos de quedar sorprendidos al ver que un hombre tan jóven ha podido estudiar estas materias con tanta profundidad, en una época en que se consideraba todavía la disección como un sacrilegio, en la que nadie se podia entregar á ella mas que misteriosamente, y al precio de numerosas dificultades y de los mas grandes peligros.

Desde la época de Vesale, el estudio de la anatomía se propagó gradualmente por todas partes, y en estos últimos ciento cincuenta años, una multitud de anatómicos distinguidos la han hecho progresar notablemente.

Las obras completas de Vesale, redactadas en latin, se han publicado en Leida, 1725, dos volúmenes en folio.

B\*\*\*

## MARTIN PAZ.

### ANECDOTA HISTORICA.

#### I.

#### LA PLAZA MAYOR.

El sol desaparecia mas allá de los nevados picos de las cordilleras; pero el hermoso cielo peruano conserva durante largos minutos cierta claridad al través del velo trasparente de las noches; la atmósfera se impregna de una frescura luminosa que deja respirar bajo aquellas abrasadas latitudes; es la hora en que se puede vivir á la europea y buscar fuera de las casas algun soplo bienhechor; no pare-



ce sino que se interpone una tela metálica entre el sol y la tierra, y reteniendo el calor para dejar pasar solamente la luz, ofrece bajo su abrigo un descanso reparador.

Esa hora tan deseada sonaba al fin en el campanario de la catedral. En tanto que apuntaban en el horizonte las primeras estrellas, discurrían multitud de personas de todas clases por las calles de Lima, notándose en todas partes mucha animación, principalmente en la *Plaza Mayor*, en ese foco de la antigua *Ciudad de los Reyes*, donde los artesanos aprovechaban la frescura para descansar de sus faenas del día, y los vendedores pregonaban á voces la excelencia de sus mercancías; las mugeres de Lima, cuidadosamente tapadas con la airosa mantilla que les cubría el rostro á escepcion del ojo derecho, dirigían furtivas miradas á los grupos de fumadores, por entre los que ondulan como la espuma á merced de las olas; otras señoras en traje de baile, sin mas adorno en la cabeza que su abundante cabellera ó algunas flores naturales, se pavoneaban en anchas calesas, dirigiendo á los caballeros miradas negligentes. Cerca de la lindísima fuente que se levanta en medio de la plaza, charlaban, gritaban y gesticulaban varios jóvenes mestizos vestidos al estilo del país, esto es, con su poncho, especie de sayo sin mangas con un agujero en medio para meter por él la cabeza á manera de casulla, con su ancho pantalón rayado de mil colores y con sus sombreros de grandes alas de paja de Guayaquil.

—Tienes razón, Andrés, decía un hombrecillo vivaracho y obsequioso, llamado Oliva, el cual era amigo parásito de Andrés Rubiales, joven mestizo de tez morena y escasa barba.

Hijo éste de un rico comerciante que había muerto en uno de los últimos motines de aquella república, había heredado un capital inmenso, que hacía valer hábilmente entre sus amigos, á quienes pedía humildes saludos en cambio de puñados de oro.

—¿De qué sirven esos cambios de poder, esos pronunciamientos eternos que trastornan el Perú en provecho solo de ambiciones particulares? replicó Andrés en voz alta: ¿qué importa que sea Gamarra ó Santa Cruz el que gobierne, si no reina aquí la igualdad?

—¡Bien hablado! ¡bien hablado! exclamó Oliva, que bajo el régimen mas republicano del mundo, no hubiera podido jamás ser igual á un hombre de talento.

—¡Cómo! exclamó Andrés, ¿yo, hijo de un comerciante, no puedo pasearme sino en una calesa tirada por mulas? ¿Por ventura, no han sido mis barcos los que han traído la riqueza y la prosperidad á este país? ¿No vale tanto como todos los títulos de España, la aristocracia de los pesos fuertes?

—¡Es una vergüenza! contestaron los mestizos. Vean ustedes á don Fernando que va por allí en su coche con dos caballos, don Fernando Seco de Aguilar... Apenas tiene con que mantener á su cochero y á sus caballos, y viene á pavonearse á la plaza. ¡Calla! vean vds. allí á otro, el marqués de la Selva verde.

En aquel momento desembocaba en la Plaza Mayor una magnífica carroza tirada por cuatro hermosísimos caballos; dentro no se veía mas que á un hombre, cuyo semblante respiraba orgullo y tristeza á la vez; miraba, sin ver, á la multitud reunida para respirar el fresco de la tarde. Era en efecto, aquel hombre el marqués de la Selva verde, ca-

ballero de diferentes órdenes militares, según las insignias que adornaban su pecho, el cual gozaba del privilegio de gastar todo aquel tren, no habiendo otros superiores más que los del virey y del arzobispo. Empero aquel distinguido personaje se presentaba en el paseo y en los sitios públicos por tedio, y no por ostentación; sus pensamientos se reconcentraban en su frente penosamente encorvada; así es que no recibía la menor impresión de los objetos exteriores, á los que no se dignaba dirigir su mirada, y no oyó las envidiosas reflexiones de los mestizos, cuando sus cuatro caballos se abrieron paso por entre los grupos.

—Aborrezco á ese hombre, dijo Andrés Rubiales.

—No le odiarás mucho tiempo.

—Lo sé. Todos esos nobles ostentan los últimos resplandores de su lujo: yo puedo decir á donde van á parar sus vagillas y las joyas de su familia.

—A no entrar, como entras tanto, en casa del judío Samuel...

—Seguramente. En sus libros de cuentas se inscriben los créditos aristocráticos, y en sus cofres se amontonan los restos de esas grandes fortunas. ¡El día en que todos esos españoles se queden sin un real, es la nuestra!...

—Si; á lo menos para ti, mi querido Andrés, que te verás encaramado sobre tus millones, sobre tu pedestal de oro; principalmente dobles tu capital, puesto que vas á casarte con esa hermosa hija del viejo Samuel, limeña hasta las uñas, y que indudablemente no tiene de judía mas que el nombre de Sara.

—Dentro de un mes, respondió orgullosamente Andrés Rubiales, no habrá en todo el Perú una fortuna que pueda luchar con la mía.

—Pero ¿por qué no te has casado con una española de alta alcurnia? dijo uno del corro.

—Desprecio á esa clase de gentes tanto como los aborrezco.

Andrés Rubiales no confesaba haber sido miserablemente despedido de muchas familias nobles, en las que había intentado introducirse.

Su interlocutor dejó ver en su semblante cierto aire de duda, y ya hacia arrugar el entrecejo al mestizo, cuando recibió un codazo de un hombre alto, cuyos cabellos blancos demostraban tener ya cincuenta años, sin negar por eso la fuerza muscular que debía resultar de sus miembros fornidos.

Aquel hombre iba vestido de una chaqueta de color oscuro, camisa de mucho cuello y abierta completamente por delante, en términos que dejaba ver su velludo pecho; su calzón corto, rayado de listas verdes, estaba sujeto debajo de la rodilla con ligas coloradas, que ataban al mismo tiempo unas medias de color de tierra; calzaba sandalias de ojotas, cuero de buey preparado para este uso; debajo de su alto sombrero puntiagudo brillaban grandes pendientes. Era un negro. Después de haber tropezado con Andrés se le quedó mirando de hito en hito, pero sin dar expresión á su mirada.

—¡Miserable indio! exclamó el mestizo amenazándole con el puño cerrado.

Sus compañeros le sujetaron, y Oliva, que estaba pálido de miedo, gritó:

—¡Andrés, Andrés! ¡mira lo que haces!

—¡Un vil esclavo atreverse á darme con el codo!



—Es un loco. Es el Zambo.

El Zambo, como lo indicaba el nombre con que le llamaban, era un indio de las montañas, el cual continuó clavando la vista en el mestizo, á quien habia empujado con intencion. Este, montado ya en cólera, cogió un puñal que llevaba en la cintura, y sin duda se hubiera lanzado sobre su impasible agresor, si al resonar en medio del tumulto

de los paseantes un grito gutural parecido al de un ave nocturna, no hubiera desaparecido el Zambo.

—¡Bruto! ¡cobarde! exclamó Andrés.

—Ten la lengua, dijo dulcemente Oliva; vámonos de la Plaza Mayor, no te oiga alguna limeña, pues ya sabes lo altivas que son.

Diciendo estas palabras, el prudente Oliva miró escru-



Señoras de Lima en el paseo.

pulosamente si se hallaba al alcance del pie ó del brazo de algun indio.

—Dentro de una hora tengo que ir á casa del judío Samuel, dijo Andrés.

—¡Dentro de una hora! tenemos tiempo de pasar á la calle del Peligro; podrás regalar algunas naranjas ó ananas á las lindas tapadas que por allí se pasean. ¿Quieren vds. venir, señores?

El grupo se dirigió hácia el fondo de la plaza, y empezó á bajar por la calle del Peligro, donde Oliva esperaba hacer valer su buena presencia; pero la noche comenzaba á caer, y las limeñas encarecían mas que nunca el nombre de

tapadas, porque llevaban su manto mas cerrado que de costumbre por delante de la cara.

La Plaza Mayor estaba animadísima; redoblábanse los gritos y el tumulto, y á duras penas podían permanecer inmóviles en medio de aquella bulliciosa turba los centinelas de á caballo que habia apostados delante del pórtico central del palacio del virey; allí es donde se encuentran mercaderes para todos los compradores, y compradores para cada mercader. Las industrias mas varias parece que se han dado cita en aquel punto, pues desde el portal de Escribanos hasta el de Botoneros no se ve mas que un inmenso muestrario de objetos de todas clases; la Plaza Mayor



sirve á la vez de paseo, de bazar, de mercado y de feria. La fachada del palacio del virey está toda ocupada por las tiendas, y en el primer cuerpo hay una estensa galería, donde se permite al público pasearse en los días de gran solemnidad; el basamento del edificio tiene diez pies de altura, y en su espesor se han hecho esos inevitables almacenes abiertos á todos los productos de los trópicos.

En el centro de la plaza hay, como hemos dicho, una hermosa fuente construida en 1653 por mandado del virey, conde de Salvatierra. Tiene en medio una columna, en cuyo remate descuella una Fama, cuya trompeta vierte agua en un pilón adornado de leones, que también arrojan agua por la boca. De esta fuente se surten mas particularmente los aguadores de la ciudad, que cargan sus machos ó jumentos con dos pipas, montándose ellos á la grupa.

Desde el alba hasta el anochecer no cesa un momento el ruido atronador en aquella plaza, y cuando los astros asoman por encima de las cordilleras, el tumulto de los elegantes de Lima no cede en nada á la bataola matinal de los mercaderes.

Sin embargo, cuando la campana de la catedral dió la oración, cesó repentinamente todo aquel ruido; á los grandes clamores del placer sucedió el murmullo del rezo; las mugeres se pararon en su paseo, y llevaron la mano á su rosario invocando á la Virgen Maria. Entonces ni un mercader se hubiera atrevido á vender su mercancía, ni un comprador habria pensado en comprarla, y muy en breve aquella plaza tan animada iba á quedar hecha una vasta soledad.

Cuando las limeñas estaban así paradas é inclinando su frente al toque de las oraciones, una jóven cuidadosamente tapada con su discreto manto quiso abrirse paso por entre la devota multitud; seguiala una mestiza, dueña vigilante que no la perdía de vista ni se alejaba un paso de ella. La dueña, como si no hubiese comprendido lo que significaba aquel toque de la campana, continuó su camino por entre los parados grupos de devotos, y ya al asombro sucedían epítetos mas ó menos duros. La jóven quiso detenerse; pero la dueña siguió caminando.

—¡Vaya una hija de Satanás! decían unos.

—¿Quién es esa bailarina? preguntaban otros.

La doncella se detuvo al fin, avergonzada y confusa, y de pronto un gaucho, traficante de mulas, la cogió por el brazo y quiso obligarla á arrodillarse; pero apenas había puesto la mano sobre ella, cuando un brazo vigoroso le derribó en tierra. A esta escena que habia pasado con la rapidez del relámpago, siguió un momento de confusión.

—Póngase vd. en salvo, señorita, dijo una voz dulce y respetuosa al oído de la jóven.

Volvióse ésta pálida y temblando de miedo, y vió á un indio jóven de elevada estatura, que con los brazos tranquilamente cruzados esperaba á su enemigo á pie firme.

—¡Por mi ánima, estamos perdidos! exclamó la dueña; niña, niña, vamos de aquí por el amor de Dios, y se llevó consigo á la jóven, en tanto que la gente, cesando de rezar, se levantaba y dispersaba.

El gaucho se habia levantado también, aunque algo molido de su caída, y juzgando prudente no tomar el desquite, se volvió á sus mulas contentándose con gruñir y amenazar entre dientes.

## II.

## LA NOCHE EN LAS CALLES DE LIMA.

La noche habia sucedido casi sin crepúsculo á la claridad del día; las dos mugeres apretaban el paso porque se habian detenido demasiado; la doncella, afectada todavía con la escena que acababa de pasar, guardaba silencio, al paso que la dueña murmuraba algunas misteriosas devociones; una y otra marchaban rápidamente por una de esas calles inclinadas que desembocan en la calle Mayor.

Esta plaza está situada á mas de cuatrocientos pies so-



Pastor indio en Puncho.

bre el nivel del mar, y como á unas ciento cincuenta varas del puente que atraviesa el río Rimac, el cual forma el diámetro de la ciudad de Lima, dispuesta en semicírculo.

Esta ciudad fué construida en el valle del Rimac, á nueve leguas de su embocadura. Al Norte y al Oriente comienzan las primeras ondulaciones de terreno que forman la gran cadena de los Andes; el valle de Lurigaicho, formado por las montañas de San Cristóbal y de los Amancaes, que se levantan detrás de Lima, viene á morir en sus arrabales. La ciudad se ostenta sobre una sola orilla del río, estando ocupada la otra por el arrabal de San Lázaro, que se comunica con la capital por un puente de cinco arcos, cuyos espolones son triangulares para romper la fuerza de la corriente.

La ciudad tiene dos millas de largo de Este á Oeste, y solo una y cuarto de ancho desde el puente á las murallas, las cuales tienen doce pies de altura y diez de espesor en



su base, y están construidas de ladrillos; hay siete puertas y tres portillos, terminando su recinto por el extremo Sudoeste en el fuerte de Santa Catalina. Tal es la antigua ciudad de los Reyes, fundada en 1534 por Pizarro el día de la Epifanía, y que por tanto tiempo ha sido teatro de revoluciones sangrientas. Lima, situada á tres millas del mar, fué en otro tiempo el principal punto de escala y depósito de la América en el Océano Pacífico, gracias á su puerto del Callao, construido en 1779 de una manera muy singular, si no mienten las leyendas. Hicieron encallar sobre la playa un paviero viejo de primer orden, y lo llenaron de piedras, de arena y de toda clase de escombros; alrededor de este casco clavaron gruesas estacas de una madera impenetrable al agua, enviadas de Guayaquil, y esta fué la base inalterable sobre la que se construyó el muelle del Callao.

El clima, mas templado y dulce que el de Cartagena ó Bahía, situadas en el lado opuesto de la América, hace que Lima sea una de las poblaciones mas agradables del Nuevo Mundo; el viento tiene dos direcciones que no varían, porque ó sopla del Sudoeste y se refresca atravesando el Océano Pacífico, ó viene del Sudeste impregnado de la atmósfera templada de los bosques y de la fresca que ha tomado en la nevada cumbre de las cordilleras.

Las noches son muy hermosas y serenas bajo las latitudes de los trópicos y preparan misteriosamente ese benéfico rocío que fecunda el suelo espuesto á los rayos de un cielo sin nubes; así es que los habitantes de Lima prolongan cuanto pueden sus tertulias nocturnas; las calles se ven pronto desiertas, pues apenas queda alguna que otra pulpería abierta á los bebedores del chichá y del guarapo.

Por otra parte la jóven de quien ya hemos hablado procuraba evitar su encuentro con ellos, y dando mil rodeos y atravesando las plazas llegó sin ningun obstáculo al puente del Rimac, prestando oído al menor rumor que su emoción desnaturalizaba, si bien en aquellos momentos lo único que oía eran los cencerros de una reata de mulas, conducida por un arriero, ó el alegre estribillo de algun indio.

Llamábase aquella jóven, Sara, y se dirigia á casa de su padre el judío Samuel; iba vestida con una saya de seda, con muchos pliegues en la cintura y muy estrecha por abajo, lo que la obligaba á andar despacio, dándole al mismo tiempo cierta gracia delicada que es muy peculiar en las limeñas; el corpiño guarnecido de encages y de flores, estaba en parte cubierto con una mantilla de seda, cuyo velo llevaba echado sobre la cara; debajo de la graciosa saya lucía finísima media y zapatito de raso; ceñían sus brazos riquísimos brazaletes; en fin, su tocado era de un gusto exquisito y el aire de su persona revelaba ese encanto y donaire que tanto distingue á las españolas.

Olivia habia dicho bien á Andrés Rubiales. Su novia no tenia de judía mas que el nombre, porque era el tipo mas fiel de la hermosa limeña, superior á todo elogio.

La dueña, que era una judía ya vieja y cuyo semblante demostraba la avaricia, servia de criada á Samuel que pagaba su lealtad á su justo precio, que es cuanto puede decirse de un judío.

En el momento en que dos mugeres entraban en el arbal de San Lázaro, un hombre vestido de fraile y el cual llevaba cubierta la cabeza con su capucha, pasó cerca de ellas mirándolas con atencion; este hombre, que gozaba de

no escasa corpulencia y de esas fisonomías simpáticas que respiran la calma y la bondad, era el padre Félix Pozuelo, el cual dirigió una sonrisa de inteligencia á Sara, que se quedó mirando á su criada. Esta seguía gruñendo y murmurando, lo cual le impidió ver nada; la jóven se volvió hácia el buen padre y le hizo un gracioso saludo con la mano.

—Y bien, señora, dijo ásperamente la vieja, ¿no basta haber sido insultada por esos hijos de Cristo, sino que es necesario ademas que se pare vd. á mirar á un fraile?

Sara no respondió.

—¿Será que nos veamos algun dia con el rosario en la mano observando las ceremonias de la iglesia?

Las ceremonias y las funciones de iglesia son el gran negocio de las limeñas.

—Estrañas son tus suposiciones, dijo la jóven ruborizándose.

—Estrañas como su conducta de vd. ¿Qué diría mi amo Samuel, si supiera lo que ha pasado esta noche?

—¿Pues qué, porque un traficante de mulas, soez y brutal, se ha dirigido á mi, he de ser culpable?

—Yo me entiendo, señora, dijo la vieja meneando la cabeza, y no quiero hablar del gaucha.

—¿Luego ese jóven ha obrado mal defendiéndome contra las injurias del populacho?

—¿Es la primera vez que ese indio se pone delante de vd.?

Afortunadamente la mantilla tapaba la cara de la doncella, pues la oscuridad no habria bastado á ocultar su turbación á las miradas investigadoras de la dueña.

—Pero dejemos al indio donde está, replicó la vieja, pues corre de mi cuenta vigilarle. De lo que me quejo es que por no disgustar á esos cristianos haya querido vd. presenciar sus oraciones.

—¿Y no sentiste tú ganas de arrodillarte como ellos?

—¡Ah, señora! juro por la Biblia, que si su padre de usted supiera semejante apostasía, me despediría al momento.

Empero la doncella no la escuchaba ya, la observacion que le habia hecho la vieja á propósito del indio, habia remontado su imaginacion á pensamientos mas dulces; parecíale que la intervencion del jóven habia sido providencial, y muchas veces se volvió para ver si la seguía á favor de la oscuridad.

Sara tenia en el corazon cierto atrevimiento de naturaleza que le sentaba á las mil maravillas; hija de aquellas ardientes latitudes que el sol decora con sorprendentes vegetaciones, soberbia como una española, si habia fijado las miradas de aquel hombre, era porque aquel hombre se habia mantenido orgulloso delante de su orgullo y no habia mendigado una mirada por premio de su proteccion. Al imaginarse Sara que el indio no la habia perdido de vista, no se engañaba; Martin Paz, despues de haber socorrido á la jóven, debia asegurar su retirada; así que cuando se dispersaron los paseantes, se puso á seguirla sin ser visto de ella, á pesar de que no se ocultaba; pero las tinieblas bastaban solamente á favorecer su intencion.

Martin Paz era un arrogante mozo, que llevaba con apostura sin igual el traje nacional del indio de las montañas; por debajo de su sombrero de paja de ala ancha, se escapaba una hermosa cabellera negra, cuyos bucles casaban muy



bien con el tono cobreño de su varonil figura. Sus ojos brillaban con una dulzura infinita, como la trasparente atmósfera de las noches estrelladas; su recta nariz dominaba una linda boca que contrastaba con la de los hombres de su raza. Era uno de esos hermosos descendientes de Manco-Capác, y por sus venas debía correr esa sangre llena de ardor que arrastra á los hombres á la realización de las grandes empresas.

Iba orgulosamente envuelto en su poncho de brillantes colores, y llevaba á la cintura uno de esos puñales malayos, tan terribles en una mano ejercitada, pues parecen remachados al brazo que hieren. En el Norte de la América, en las márgenes del lago Onetario, hubiera sido Martin Paz el jefe de aquellas tribus errantes que dieron á los ingleses tantos combates heroicos.

Martin Paz sabia que Sara era hija del rico Samuel, sabia que era la muger mas encantadora de Lima, sabia que era la novia del opulento mestizo Andrés Rubiales, sabia, por último, que por su nacimiento, su posicion y su riqueza estaba fuera del alcance de sus pretensiones; pero él olvidaba todas estas imposibilidades para no sentir mas que su propio entusiasmo, figurándosele que aquella linda niña le pertenecía, como el llama pertenece á los bosques peruanos, y el águila á las profundidades de la inmensidad.

Sumergado Martin Paz en sus amorosas reflexiones, aceleró el paso para ver á Sara entrar en la casa paterna, y ella misma al pisar el umbral entreabrió su mantilla como para deslumbrarle con el brillo de una mirada de agradecimiento.

Pronto se incorporaron á él dos indios zambos

—Martin Paz, le dijo uno de ellos, ¿verás esta misma noche á nuestros hermanos en las montañas?

—Los veré, respondió friamente el indio.

—La goleta *Anunciacion* se ha presentado á la altura del Callao, ha bordeado algunos instantes y en seguida ha desaparecido detrás de la punta. Sin duda se habrá aproximado á tierra hacia la embocadura del Rimac, y bueno será que nuestras canoas vayan á aligerarla de sus mercancías. Es necesario que estés allí.

—Cualquiera pérdida de tiempo es sensible, y vuestras observaciones lo emplean inútilmente. Martin Paz sabe lo que debe hacer y lo hará.

—Si te hablamos así, es en nombre del Zambo.

—Pues yo os hablo en el mio propio.

—¿No temes que le parezca inexplicable tu presencia á estas horas en el arrabal de San Lázaro?

—Yo voy á donde mi capricho y mi voluntad me llevan.

—¿Delante de la casa del judío?

—Aquellos de mis hermanos que no lo aprueben, me encontrarán esta noche en la montaña.

Los ojos de aquellos tres hombres brillaron, y no hubo mas: los zambos se volvieron á las orillas del Rimac, y pronto se estinguió el ruido de sus pasos.

En cuanto los perdió de vista Martin Paz, se acercó á la casa del judío, la cual, como todas las de Lima, no tenia mas que dos pisos, con una bonita azotea llena de macetas de flores, una gran puerta cochera, colocada entre dos pabellones, daba entrada á un patio; pero segun la costumbre, estos pabellones no tenian ninguna ventana á la calle.

Las once daban en la iglesia parroquial, cuando Martin Paz se paró delante de la casa de Sara. Profundo silencio

reinaba en los alrededores; sin embargo, algunos reflejos inciertos probaban que el salon del judío Samuel estaba todavía ocupado.

¿Porqué el indio permanecía inmóvil delante de aquellas paredes silenciosas? Porque la fresca atmósfera invitaba á pasearse en medio de su transparencia y de sus perfumes: porque los astros radiantes enviaban á la tierra dormida los rayos de una dulzura diáfana; porque las blancas estrellas esmaltaban las tinieblas con luces encantadoras; en fin, porque el corazon cree en esas comunicaciones simpáticas que desafian el tiempo y las distancias.

He aquí, pues, que aparece una sombra blanca en la azotea en medio de aquellas flores, á las que la noche no dejaba ya mas que una forma vaga, aunque sin quitarles sus perfumes deliciosos; las dalias se confundian con las azucenas y las rosas, y al soplo de la brisa occidental formaban un ondulante canastillo donde se elevaba Sara, la jóven y hermosa judía.

Martin Paz levantó sus dos manos involuntariamente, y las juntó en actitud de adoracion.

La sombra blanca desaparece de improviso como aterrada.

Martin Paz se volvió y se encontró frente á frente con Andrés Rubiales.

—¿Desde cuándo los indios negros pasan la noche en contemplacion?

Andrés hablaba lleno de cólera.

—Desde que los indios pisan el suelo de sus antepasados.

—¿No tienen allá en las montañas algun jarabe que cantar ó algunas boleras que bailar con las jóvenes de su casta?

—Los indios aman segun su corazon y lo entregan á quien lo merece.

Andrés se puso pálido de furor, y dando un paso hacia su rival que permanecía inmóvil, le dijo en voz alta:

—¡Miserable! ¿Quieres dejar el campo libre?

—Déjalo tú si te place, dijo Martin Paz dando un rugido, y dos puñales brillaron en el brazo derecho de ambos adversarios; eran de igual estatura, parecian de igual fuerza, y los rayos que lanzaban sus ojos se reflejaban en el acero de sus armas.

Andrés levantó rápidamente el brazo y lo dejó caer con mucha mas rapidez; pero su puñal habia encontrado el puñal malayo del indio, y al fuego que brotó de este choque, vió el arma de Martin Paz suspendida sobre su cabeza, y cayó inmediatamente rodando al suelo, atravesado el brazo de parte á parte.

—¡Socorro! ¡Socorro! gritó.

A estas voces se abrió la puerta de la casa del judío y otra inmediata, acudieron varios vecinos; los unos echaron á correr detrás del indio que habia librado su salvacion en la fuga, y los otros levantaron al herido que estaba desmayado.

—¿Quién es ese hombre? dijo uno de ellos. Si es marinero, al hospital del Espíritu Santo, y si indio al de Santa Ana.

Un anciano se acercó al herido y apenas le hubo examinado, exclamó:

—Que lleven este pobre hombre á mi casa. ¡Vaya una desgracia rara!

Aquel hombre era el judío Samuel; acababa de conocer al novio de su hija.





Gracias á la oscuridad y á la velocidad de su carrera, esperaba Martín Paz escaparse de las manos de sus perseguidores; en ello le iba la vida. ¡Un indio asesino de un mestizo! Si podía salir al campo estaba en seguridad; pero el desgraciado sabía que las puertas de la ciudad se cerraban á las once de la noche y no volvían á abrirse hasta las cuatro de la mañana.

Llegó al fin al Puente de Piedra; los indios y algunos soldados, que se habían unido á ellos, le seguían de cerca; para mayor desgracia suya, por el extremo opuesto desemboca una patrulla; Martín Paz no podía avanzar ni volverse



Sara en la iglesia de Santa Ana.

atrás; sin vacilar salta el parapeto y se arroja en la corriente rápida que se rompía contra las piedras.

Las dos partidas corrieron hacia los extremos inferiores del puente para coger al nadador en el momento de tomar tierra.

Pero todo fué en vano; Martín Paz no volvió á aparecer.

### III.

#### EL JUDIO EN TODO ES JUDIO.

Una vez introducido Andrés Rubiales en la casa de Samuel y acostado en una cama que se le dispuso á toda prisa, recobró sus sentidos y apretó la mano á su viejo protector. El médico á quien había ido á llamar uno de los criados acudió al punto y declaró que la herida no presentaba síntomas de gravedad; en efecto, el hombro del mestizo estaba atravesado de tal manera, que el acero se había deslizado solamente entre las carnes. El pronóstico del facultativo era que dentro de pocos días podría levantarse de la cama el enfermo.

—Aconsejó á vd. amigo Samuel, que mande tapiar la puerta que conduce á la azotea de esta casa.

—¿Pues qué teme vd., Andrés?

—Señor que Sara vuelva á presentarse á las contempla-

ciones de los indios. No era un ladrón el que me atacaba, sino un rival, de cuyas manos me he salvado por milagro.

—¿Cómo! Por las Santas Tablas, ¿será posible que mi hija...? Esclamó el judío. Pero no, no, vd. se equivoca, añadió, Sara será una esposa perfecta, porque nada omito para que lo sea.

Andrés Rubiales se incorporó apoyándose en el codo.

—Maese Samuel, una cosa de que no se acuerda vd. bastante es que le pagó por la mano de Sara setenta y cinco mil pesos.

—Señor, respondió el judío con cierto aire de fisga que revelaba su codicia, de tal modo me acuerdo que estoy dispuesto á cambiar este recibo por especies sonantes.

Y diciendo así sacó Samuel de su cartera un papel que Andrés rechazó con la mano.

—El contrato no existe entre nosotros mientras Sara no sea mi muger, y no lo será jamás si es preciso disputarla á semejante adversario. Bien sabe vd. cuál es mi objeto; casándome con Sara quiero ser igual á toda esa nobleza que nos mira con desprecio.

—Y llegará vd. á serlo, contestó Samuel, porque verá vd. á esos orgullosos magnates apresurarse á ir á sus salones para contemplar la perla de Lima.

—¿Dónde ha estado Sara esta noche?

—En el templo israelita con la vieja Susana.

—¿Por qué ha de obligar vd. á Sara que siga sus ritos religiosos?

—Soy judío señor, replicó Samuel con orgullo, y no sería Sara mi hija sino cumpliera los deberes de mi religion.

El viejo judío permaneció triste y silencioso por algunos momentos. Su frente encorvada descansaba sobre una de sus manos gafas. Su rostro estaba pálido; por debajo de un casquete de color oscuro aparecían cabellos de color indescriptible. Su vestido era una especie de hopalanda ceñida á la cintura.

Aquel viejo traficaba en todo y por todo; descendía del Judas que entregó á su maestro por treinta dineros. Hacía diez años que se había instalado en Lima; por afición y por cálculo había escogido su casa en el extremo del arrabal de San Lázaro y desde entonces se entregó á toda clase de negocios ó de especulaciones por vergonzosas que fuesen con tal que le proporcionase un lucro exorbitante y seguro. Poco á poco desplegó un lujo inusitado en los avaros; su casa fué suntuosamente amueblada; sus muchos criados y sus brillantes trenes probaban inmensas rentas. Sara tenía entonces ocho años, y graciosa y encantadora ya, agradaba á todos y parecía ser el idolo del judío; así es que hasta sus menores caprichos eran satisfechos sin discusión, vestida siempre con tanto lujo como gracia, atraía las miradas de las personas mas descontentadizas. ¿Qué extraño es, pues, que el mestizo Andrés Rubiales se hubiera enamorado perdidamente de la hermosa judía? Lo que hubiera parecido inexplicable al público eran los setenta y cinco mil duros señalados como precio de su mano; pero este contrato era secreto y por otra parte se hacía necesario que Samuel traficara con los sentimientos como con los productos indígenas... Banquero, prestamista, mercader y armador, tenía el talento de hacer negocios con todo el mundo. La goleta *Anunciación* que se dirigía á tierra hacia la embocadura del Rimac, pertenecía al judío Samuel.

En medio de aquella existencia de negocios y de espe-



culaciones, por una obstinación tradicional, aquel hombre cumplía los ritos de su religión con una superstición metódica, habiendo sido su hija cuidadosamente instruida en las creencias y prácticas israelitas. Así es que cuando el mestizo le manifestó su desagrado sobre este asunto, el viejo se quedó callado y pensativo. Andrés fué quien rompió el silencio diciéndole:

—¿Se olvida vd. de que el motivo porque me caso con Sara la obligará á convertirse al catolicismo? A mi me es indiferente, exclamó el mestizo echándola de hombre des-

preocupado; pero á pesar de vd., á pesar mio y á pesar de ella, no podrá menos de suceder así.

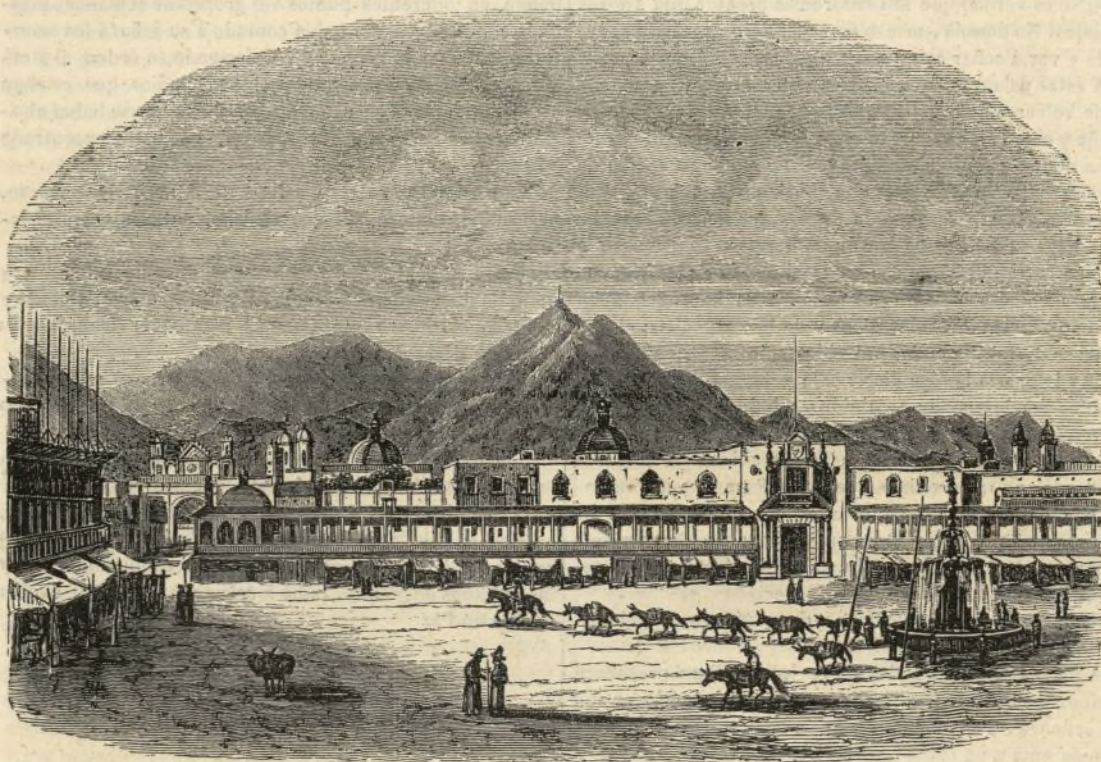
—Tiene vd. razón, dijo tristemente el judío; pero juro por la Biblia que Sara será judía mientras sea mi hija.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación y entró repentinamente el mayordomo del judío Samuel.

—¿Está preso el agresor? preguntó el anciano.

—Todo nos induce á creer que ha muerto.

—¡Muerto! exclamó Andrés con un movimiento de alegría.



Vista de la Plaza Mayor, en Lima.

—Cogido por nosotros y una partida de soldados, respondió el mayordomo, se ha visto obligado á saltar el pretil del puente.

—¿Y se ha arrojado en el Rimac? exclamó Andrés.

—¿Y quién te dice que no haya salido á la orilla? preguntó Samuel.

—El deshielo de las nieves ha hecho la corriente muy impetuosa en aquel sitio; por otra parte nos apostamos en los dos lados del río y no ha parecido. He dejado centinelas que pasarán la noche vigilando las orillas.

—Bueno, dijo el anciano; se ha hecho justicia á sí mismo.

—¿Le conocisteis en la fuga?

—Perfectamente, señor; era Martín Paz, el indio de las montañas.

—¿Hace tiempo que ese hombre espiaba á Sara?

—No lo sé, respondió el criado.

—Llama á la vieja Susana.

El mayordomo se retiró.

TOMO X.

—Esos indios, exclamó el viejo, tienen entre sí afiliaciones secretas; es menester saber si las persecuciones de ese hombre datan de una época lejana.

La dueña entró y permaneció de pie delante de su amo.

—¿Sabe mi hija algo de lo que ha pasado esta noche? preguntó Samuel.

—Cuando me despertaron los gritos de los criados corrí á la estancia de la señora y la encontré casi sin movimiento y pálida como una difunta.

—¡Fatalidad! dijo Samuel; continúa, añadió, creyendo que el mestizo se había dormido.

—A mis reiteradas preguntas sobre la causa de su agitación, la señora no quiso contestar nada y se metió en la cama sin aceptar mis servicios, y entonces creí que debía retirarme.

—¿La perseguía mucho ese indio?

—No lo sé, señor; lo único que puedo decir es que le he visto muchas veces en las calles de San Lázaro.



—¿Y no me habías dicho nada?

—Esta noche la socorrió en la Plaza Mayor, añadió la vieja.

—¿La socorrió? ¿y cómo?

La dueña contó la escena bajando la cabeza.

—¡Ah! ¡mi hija quería arrodillarse entre esos cristianos! exclamó el judío montando en cólera; ¿y sin embargo, nada de eso sabía yo? ¡Tú quieres que te eche de mi casa!

—Señor, perdóneme vd!

—Vete, respondió con dureza el anciano.

La dueña salió toda confusa.

—¿No es verdad que nos casaremos pronto? dijo Andrés Rubiales. No dormía, maese Samuel, pero necesito reposo ahora y voy á soñar con nuestras bodas.

A estas palabras el viejo se retiró lentamente; pero antes de volverse á su cuarto quiso asegurarse del estado de su hija y entró sigilosamente en la estancia de Sara.

La doncella dormía con un sueño agitado en medio de las ricas colgaduras de seda que cubrían su cama; una lámpara de alabastro suspendida de los arabescos del techo derramaba su dulce luz sobre aquel hermoso semblante; la ventana entreabierta dejaba pasar al través de las persianas la silenciosa frescura del cielo, toda impregnada del perfume penetrante de los aloes y de las magnolias; el lujo criollo se destacaba en los mil objetos de arte que el buen gusto y la gracia habían dispersado sobre la mesa y otros muebles preciosamente esculpidos, y bajo los vagos y plácidos resplandores de la noche se hubiera dicho que el alma de la niña se gozaba entre aquellas maravillas.

El anciano se aproximó al lecho de Sara y se inclinó sobre ella para espiar las indiscreciones de su sueño. La hermosa judía parecía atormentada por un pensamiento doloroso, y mas de una vez el nombre de Martín Paz se escapó de sus labios.

Samuel se volvió á su cuarto prorumpiendo en todo género de maldiciones.

A los primeros rayos del sol se levantó Sara presurosa. Atilano, indio negro agregado á su servicio, corrió á recibir sus órdenes, y en cumplimiento de ellas ensilló una mula para su ama y un caballo para él.

Sara acostumbra á dar sus paseos matinales acompañada de aquel indio, que le era muy fiel. Púsose una saya de color muy oscuro y un manto de cachemira con grandes borlas, y en vez de la airosa mantilla, sombrero de paja, dejando flotar sobre sus espaldas sus largas trenzas negras, y para disimular toda preocupacion inusitada, colocó entre sus labios un cigarro de tabaco perfumado.

Atilano, vestido como los indios de las montañas, se halló pronto dispuesto á acompañar á su señora.

—Atilano, le dijo la joven, acuérdate de ser ciego y mudo.

Luego que Sara montó y se acondicionó bien en su silla, salió de la ciudad, según su costumbre, y se puso á correr por el campo en direccion del Callao. Había grande animacion en el puerto; los guarda-costas habían sostenido la noche anterior una refriega con una goleta, cuyas maniobras indecisas, revelaban una especulacion fraudulenta. La *Anunciacion* parecía esperar algunas embarcaciones sospechosas hácia la embocadura del Rimac; pero antes que estas hubiesen podido aproximarse había tenido que huir delante de las chalupas del puerto que atrevidamente le daban caza.

Diferentes rumores circulaban sobre el destino de aquel buque, que no llevaba ningun nombre en su popa. Según unos, aquella goleta cargada de tropas colombianas iba á apoderarse de los principales buques del Callao, porque Bolívar querría naturalmente vengar la afrenta hecha á los soldados que había dejado en el Perú y que fueron echados de él vergonzosamente. Según otros, la goleta se entregaba simplemente al contrabando de las lanas de Europa.

Sin parar mientes en estas noticias mas ó menos graves, Sara, cuyo paseo al puerto no había sido mas que un pretexto, se volvió á Lima por las márgenes del Rimac, donde en diferentes puntos vió grupos de soldados, mestizos é indios. Atilano había contado á su señora los acontecimientos de la noche, y obedeciendo su orden á atravesar el puente, preguntó á algunos indios que estaban asomados al pretil, y supo que no solamente se había ahogado Martín Paz, sino que todavía no se había encontrado su cuerpo.

Sara se puso pálida y estuvo próxima á desmayarse, necesitando de toda su fuerza de alma para no abandonarse á su dolor.

Entre las gentes que vagaban por las orillas, observó á un indio de facciones feroces, el Zambo, el cual sentado y apoyada la cabeza entre ambas manos, revelaba la mas profunda desesperacion.

Al pasar Sara junto al viejo montañés, oyó estas palabras llenas de cólera: ¡maldicion! ¡maldicion! Han matado al hijo del Zambo, ¡han matado á mi hijo!

La joven levantó la cabeza con resolucion, hizo seña á su criado que la siguiese, y esta vez sin cuidarse de ser vista, se dirigió en derechura á la iglesia de Santa Ana, entregó su cabalgadura al indio, entró en el templo católico, mandó á llamar al padre Felix, y arrodillándose sobre las baldosas de piedra, pidió á Jesus y á María por el alma de Martín Paz.

#### IV.

##### LA HOSPITALIDAD INESPERADA.

Cualquiera otro que no hubiese sido el indio Martín Paz habría perecido en las aguas del Rimac; para escapar de la muerte se necesitaba su fuerza extraordinaria, su indomable voluntad, y sobre todo, esa admirable sangre fria, que es uno de los privilegios de las hordas libres de los pampas del Nuevo Mundo.

Martín sabía que sus perseguidores redoblarían sus esfuerzos para cogerle debajo del puente; la corriente parecía imposible de vencer, y el indio habría sido arrastrado forzosamente río abajo; pero gracias á sus fuerzas vigorosas pudo cortar y rechazar la corriente, y sumergiéndose muchas veces y hallando menos resistencia en las capas de agua interiores, pudo tomar tierra agachándose detrás de unas espadañas.

¿Pero qué partido debía tomar? La retirada era peligrosa; los soldados podían mudar de parecer y volver á subir la corriente del río, en cuyo caso el indio sería apresado irremisiblemente. La decision fué instantáneamente tomada; deslizóse por las estrechas calles y plazas desiertas hasta el centro de la ciudad; pero importaba que todos le creyeran muerto, y por lo tanto debía evitar el que le vie-



sen, porque indudablemente le hubieran delatado al momento sus vestidos chorreando agua y cubiertos de algas.

Para evitar las miradas indiscretas de algunos indígenas que se retirasen tarde á sus casas, tuvo que atravesar Martín Paz por una de las calles mas anchas de la ciudad; una casa alumbrada todavia brillantemente se presentó á sus ojos; la puerta cochera estaba abierta para dar paso á los hermosos trenes que salian del patio y conducian á sus casas respectivas á los personajes de la aristocracia española.

El indio se deslizó sigilosamente en aquella suntuosa casa, puesto que no podia quedarse en la calle, á causa de los muchos curiosos zambos que se agrupaban para ver salir los coches. Muy en breve se cerraron las puertas de aquel palacio y el indio se vió en la imposibilidad de huir.

Algunos lacayos cruzaban en varias direcciones por el patio; Martín Paz subió aceleradamente una escalera de cedro adornada de ricos tapices; pero como los salones, todavia iluminados, no le aseguraban un refugio conveniente, los atravesó con la rapidez del relámpago, y se metió en una estancia donde reinaba una oscuridad protectora. Muy pronto fueron apagadas las últimas arañas, y la casa quedó sumergida en el mayor silencio.

El indio Paz hombre de energía para quien los momentos eran preciosos, trató desde luego de reconocer el campo y emplear, si fuese preciso, los medios mas seguros de evasion; las ventanas de aquella estancia daban á un jardín interior; la fuga era practicable, y ya iba á descolgarse por ella cuando oyó estas palabras:

—Amiguito, se olvida vd. de llevarse los diamantes que he puesto sobre esta mesa.

Martín Paz se volvió, y á la claridad de la luna que entraba por la ventana, vió á un hombre de noble y gentil presencia que le mostraba con el dedo un cofrecito de joyas.

El insulto obligó á Martín Paz á llevar la mano al puñal; aproximóse al español, cuya sangre fria continuaba inalterable, y en el primer movimiento de indignacion levantó el brazo para herirle... pero volviendo su arma contra si mismo, añadió con bronca voz:

—Señor, si repite vd. semejantes palabras, me mato á sus pies.

Asombrado el español, se puso á mirar mas atentamente al indio y al través de su cabellera llena de cieno, distinguió tan soberbia franqueza, que no pudo menos de experimentar hácia él alguna simpatía.

—¿Quién eres? le dijo.

—Soy el indio Martín Paz... He sido perseguido por una patrulla por haberme defendido contra un mestizo que me atacaba y haberle derribado al suelo de una puñalada. Ese mestizo es el novio de una muchacha á quien yo amo... Ahora, señor, puede vd. entregarme á mis enemigos si lo juzga noble y digno.

—Mañana parto á los baños de Chorrillos, respondió gravemente el español; si quieres acompañarme, te pondrás momentáneamente al abrigo de las persecuciones y no tendrás jamás por que quejarte de la hospitalidad del marqués de la Selva Verde.

Martín Paz se inclinó friamente sin revelar nada de su emoción.

—Hasta mañana puedes acostarte en esta cama, respon-

dió el marqués, sin que nadie sospeche tu retiro... Buena noches.

El español salió de la estancia y dejó al indio profundamente enternecido por aquella tan generosa como inesperada confianza; entregóse completamente á la protección del marqués, y sin pensar que pudieran aprovecharse de su sueño para cogerle, se quedó dormido con la seguridad mas absoluta y completa.

Al dia siguiente al rayar el sol, dió el marqués sus últimas órdenes para su partida, y mandó llamar al judío Samuel; mientras venia se fué á misa, práctica que generalmente observaba toda la aristocracia. Desde su fundacion Lima habia sido esencialmente católica; pues ademas de sus numerosas iglesias, contaba veinte y dos conventos, diez y siete monasterios y cuatro beaterios ó casas de retiro para las mugeres que no hacian votos. Cada uno de estos establecimientos poseia una capilla particular, de modo que habia en Lima mas de cien casas destinadas al culto, donde ochocientos sacerdotes seculares ó regulares y trescientas religiosas practicaban las ceremonias de la religion.

El marqués de la Selva Verde al entrar en Santa Ana, observó á una joven arrodillada rezando y llorando con tales muestras de dolor, que el marqués no pudo contemplarla sin conmoverse, y ya se disponia á consolarla con algunas benévolas palabras, cuando el padre Félix de Pozuelo se acercó á él y le dijo en voz baja:

—Señor marqués, por Dios le pido que no se aproxime.

En seguida hizo una seña á Sara, que le siguió á una capilla sombría y desierta.

El marqués se acercó al altar y oyó la misa; al salir de la iglesia y durante todo el camino hasta su casa no cesó de pensar en la tristeza de la doncella arrodillada, quedando su imagen profundamente grabada en su alma. Al entrar en el salon de su casa halló á Samuel que habia acudido á sus órdenes. El judío parecia haber olvidado los acontecimientos de la noche, y la esperanza de alguna exorbitante ganancia animaba su rostro con una alegría extraordinaria.

—¿Qué quiere V. S?... preguntó al español.

—Necesito treinta mil pesos antes de una hora.

—¡Treinta mil pesos!... ¿Y quién los posee? Por el santo rey David, señor, es mas difícil de hallarlos de lo que S. S. se imagina.

—Aqui tienes joyas de gran valor, replicó el marqués sin hacer caso de las palabras del judío; ademas puedo vender á bajo precio una tierra considerable cerca de Cuzco.

—¡Ay, señor! las tierras nos arruinan... no tenemos bastantes brazos para cultivarlas; los indios se retiran á las montañas, y nuestras cosechas no producen lo que nos cuestan.

—¿En cuánto tasas esos diamantes?

Samuel sacó de su bolsillo una pequeña balanza y se puso á pesar los diamantes con escrupulosa habilidad. Mientras hacia esto, hablaba, y segun su costumbre despreciaba cada una de las alhajas que iba pesando.

—¡Los diamantes tienen mala colocacion!... ¿Qué producen?... ¡Tanto vale enterrar su dinero!... Observará usia, señor, que el agua de este no es muy limpia... ¿Sabe usia que me cuesta mucho vender estos adornos? Para ello necesito enviar estas mercancías hasta las provincias de la Union. Es verdad que me las compran los americanos; pero solamente para traspasarlas á los ingleses, y como es muy



justo, quieren ganar una buena comision, de modo que todo esto es á costa mia. Creo que diez mil duros contentarán á S. S. Sin duda es poco, pero...

—¿He dicho yo por ventura, replicó el español con aire desdeñoso, que no me bastaban diez mil pesos?

—Señor, me sería imposible poner medio real mas.

—Llévate esas joyas y mándame al punto el dinero. Para completar los treinta mil pesos que necesito, te hipoteco esta casa... ¿Te parece sólida?

—¡Ay, señor! en esta ciudad espuesta á temblores de

tierra, no se sabe ni quién vive ni quién muere, ni quién se tiene de pie, ni quién cae...

Diciendo así, Samuel se dejaba caer muchas veces sobre los talones para probar la solidez de los suelos.

—En fin, para complacer á S. S. pasaré por todo lo que quiera, á pesar de que en estos momentos no me conviene desprenderme de especies sonantes, porque voy á casar á mi hija con el caballero don Andrés Rubiales... ¿Le conoce usía, señor?

—No le conozco, y te ruego que me envíes al instante



Sara paseándose con el esclavo Liberta.

Aguador traficante en yerbas, arriero propietario.

la suma en que hemos convenido. Llévate esas joyas.

—¿Quiere V. S. un recibo? preguntó el judío.

El marqués no le respondió y pasó á la pieza inmediata.

—¡Qué español tan orgulloso! murmuró Samuel, quiero castigar tu insolencia como disiparé tu riqueza... ¡Por Salomon! Soy un hombre muy diestro, puesto que mis intereses corren parejas con mis sentimientos.

Al separarse el marqués del judío halló á Martin Paz en un abatimiento profundo mezclado de vergüenza.

—¿Qué tienes? le preguntó cariñosamente.

—Señor, la hija de ese judío es á quien amo.

—¡Una judía! exclamó el marqués con disgusto; pero viendo la dolorosa tristeza del indio, añadió:

—Vámonos, amigo, vámonos, ya hablaremos de todas esas cosas.

Una hora despues, Martin Paz disfrazado con otra ropa salía de la ciudad acompañando al marqués que no quiso llevar consigo ninguno de sus criados.

Los baños de mar de Chorrillos están situados á dos le-



guas de Lima; aquel pueblecito tiene una bonita iglesia y es en la estación calurosa el punto de reunión de la elegante sociedad limeña. Los juegos públicos que están prohibidos en Lima, son allí permitidos durante todo el estío. Las señoras despliegan en el juego una afición inconcebible, y son tan fuertes las apuestas que por ellas se atraviesan, que más de un rico magnate ha visto disipada su fortuna en pocas noches.

Chorrillos estaba todavía poco frecuentado; así es que el marqués y Martín Paz, retirados en una modesta, pero bonita choza construida á orillas del mar, pudieron vivir tranquilos contemplando las vastas llanuras del Océano Pacífico.

Perteneciente el marqués de la Selva Verde á una de las familias españolas más antiguas del Perú, veía acabarse en él la soberbia línea de que se envanecía con justo título; así es que surcaban su rostro las huellas de una profunda tristeza. Después de haber tomado parte por espacio de algún tiempo en los negocios políticos, había experimentado al fin indecible repugnancia á esas revoluciones hechas en favor de ambiciones personales y se había retirado á una especie de soledad, que solo interrumpían de vez en cuando los deberes de la estricta política.

Su inmensa fortuna se iba perdiendo de día en día; el abandono á que estaban entregados sus vastos dominios por la falta de brazos, le obligaban á contraer empréstitos onerosos; pero la perspectiva de venir á parar pronto á una medianía no le asustaba, pues la indiferencia, tan natural en la raza española, unida al tedio de una existencia inútil, le había hecho invencible á las amenazas del porvenir. Esposo antes de una mujer adorada, y padre de una niña encantadora, había tenido el dolor de perder en un acontecimiento horrible aquellos dos objetos de su amor. Desde entonces ningún vínculo de afecto le unía ya al mundo, y dejaba á su vida indiferente marchar á merced de los sucesos.

Creía, pues, el marqués que su corazón estaba ya enteramente muerto, cuando de pronto le siente palpar al contacto de Martín Paz. Aquella naturaleza ardiente reveló el fuego oculto debajo de la ceniza; la orgullosa presencia del indio cuadraba á la hidalguía del marqués, y cansado por otra parte de los nobles españoles, en quienes no tenía ya confianza, y disgustado de los mestizos que querían empararse hasta ponerse á su nivel, sintió un verdadero gozo en volverse hacia aquella raza primitiva que disputó tan valientemente el suelo americano á los soldados de Pizarro.

Según las noticias que el marqués había recibido, el indio pasaba por muerto en Lima; pero considerando su amor á una judía como peor que la muerte misma, resolvió salvar doblemente á su huésped, dejando casar á la hija de Samuel con Andrés Rubiales.

En tanto que Martín Paz sentía invadirle el corazón una tristeza infinita, evitaba el marqués toda alusión á lo pasado, y entretenía al joven indio hablándole de asuntos indiferentes.

Sin embargo, viéndole un día más triste que nunca, le dijo el español:

—¿Por qué, amigo, has de renegar por un sentimiento vulgar de tu noble naturaleza? ¿No tienes por antepasado á aquel valiente Manco Capac, que ha sido colocado por su patriotismo en el rango de los héroes? ¡Qué hermoso papel

el del bravo que no se deja abatir por una pasión indigna! ¿No te gustaría reconquistar tu independencia?

—Para eso trabajamos, señor, dijo el indio, y acaso no esté remoto el día en que mis hermanos se levanten en masa.

—Te comprendo; me hablas de esa guerra sorda que tus hermanos preparan en las montañas; á una señal bajarán sobre la ciudad con las armas en la mano... y serán vencidos, como lo han sido siempre. Así, en fin, desaparecen vuestros intereses en medio de esas revoluciones perpétuas de que es teatro el Perú, y que acabarán por perder completamente á indios y españoles en provecho de los mestizos, que no son ni lo uno ni lo otro.

—Nosotros le salvaremos, exclamó Martín Paz.

—Si, le salvareis si comprendéis vuestro papel. Escúchame, Paz, tú, á quien amo de día en día como un hijo... Lo digo con dolor; pero la verdad es que nosotros los españoles no tenemos ya aquella energía de otros tiempos para dominar y engrandecer un Estado. A vosotros, pues, toca triunfar de ese desgraciado *americanismo* que tiende á arrojar á todo colono europeo... Si, sabedlo; solo una emigración europea podrá salvar al antiguo imperio del Perú. En lugar de esa guerra intestina que tiende á escluir todas las castas á escepción de una sola, tended francamente la mano á las poblaciones laboriosas del antiguo mundo.

—Los indios, señor, verán á los extranjeros como enemigos, y no sufrirán jamás que se respire impunemente el aire de sus montañas. La especie de dominación que ejerzo sobre ellos será inútil el día en que no jure yo la muerte de sus opresores, cualesquiera que sean. Y por otra parte, ¿qué soy ahora? añadió Martín Paz con suma tristeza, un fugitivo que no podría vivir tres horas en las calles de Lima.

—Paz, es necesario que me prometas no volver á la ciudad.

—No puedo prometer nada, señor marqués; haría traición á mi corazón, y meditaría el perjurio al hacer mi juramento.

El marqués guardó silencio... La pasión del indio aumentaba de día en día; el marqués temía verle correr á una muerte segura si volvía á presentarse en Lima; así es que apresuraba mentalmente con sus votos, y hubiera querido apresurar en realidad con sus esfuerzos, el casamiento de la judía.

Para asegurarse por sí mismo del estado de las cosas, dejó á Chorrillos una mañana, pasó á la ciudad, y supo que restablecido ya de su herida Andrés Rubiales se había levantado de la cama; su próximo matrimonio era el objeto de todas las conversaciones.

El marqués quiso conocer á aquella mujer cuya imagen causaba á Martín Paz largas horas de insomnio, y á la caída de la tarde se dirigió á la Plaza Mayor, donde como siempre, había mucha animación y concurrencia. Allí se encontró á fray Félix de Pozuelo, que era confesor y amigo suyo. Púsole al corriente del nuevo género de vida que había adoptado, y el buen padre no pudo menos de asombrarse al saber que existía Martín Paz. Prometió al marqués velar también por el joven indio, y participarle oportunamente cuantas noticias pudieran interesarle. En esto las miradas del marqués se fijaron en una joven, que dentro de una callesuca lucía su airosa mantilla negra.

—¿Quién es esa joven tan hermosa? preguntó al religioso.



—Es la novia de Andrés Rubiales, la hija del judío Samuel.

—¿La hija del judío?

Apenas pudo el marqués reprimir su asombro, y estrechando la mano del padre Felix, volvió á tomar muy pensativo el camino de Chorrillos.

Acababa de reconocer en Sara á aquella doncella á quien habia visto orar con fervor cristiano en la iglesia de Santa Ana.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

## LA INGLATERRA Y LOS INGLESES.

### CAPITULO PRIMERO.

(Continuacion.)

Pero lo que da mas importancia á la Galeria de Londres son los cuadros de la escuela flamenca. Haremos mencion de nueve de Rubens, entre ellos *la Serpiente de bronce*, é igualmente dos paises con tantos términos que pasma, y una franqueza tan propia que sorprende todavía mas; tres retratos, un cuadro, y sobre todo, unos estudios vigorosos de caballos por Van Dyck.—Un retrato de Juan Van Dyck, una *Sacra Familia* de Fordaens, regalo del duque Kaufmann, pésimamente dibujada; los retratos de miss Siddons y de Kemble por Lawrence, muy hinchados con el ademán enfático del melodrama; cuadritos de caballete de Wilkie, primorosos, aunque defuados con demasiada nimiedad. Los bosquejos vigorosos de Reynold, el ecléctico del colorido que ha pintado como todos los flamencos que se han inspirado sucesivamente, y en fin, bellos paises de Wilson, el *Salvador de Inglaterra*. Todos estos son artistas de talento; el único profesor, el genio original del pais, es William Hogarth, poco conocido en Francia: hé aqui un gran pintor con un estilo propio y de un talento incomparable para la composicion. Su toque es vigoroso, firme, atrevido, significativo y franco; su colorido fogoso, y su pincel tan ligero como agudo es su ingenio; Hogarth es el primero de los pintores pensadores y moralistas: su único maestro es Shakspeare. Wilkie es solo el resplandor de la luna de William Hogarth. El gusto necio de los ingleses por la pintura punteada y miniada, y por las viñetas arañadas con la punta de la aguja, les hace mirar con indiferencia el genio tan sorprendente de este humanista único, loor y gloria indisputable de una escuela que no existe. Volveremos á hablar de estos dos artistas.

El que quiera apreciar en su justo valor la indigencia pictórica del pais, que descienda bajo la escalera de la Galeria Nacional á una especie de cueva, que bien hubiera podido ser sala baja si hubiera querido el arquitecto, y allí encontrará el Museo Vernon, coleccion verdaderamente desagradable para la vista conocedora y delicada. A mí se me figura que la mayor parte de los ingleses pintan con garapiña que nada deja marcado en la superficie; un ropage encarnado se parece á una frambuesa despachurrada; su pasión immoderada por los colores claros, aquel afán por suprimir las medias tintas y á debilitar las sombras, son causa de que sus obras carezcan del claro oscuro debido y no produzcan el efecto necesario. No obstante, esta regla general

tiene algunas escepciones. Hay algunos que, cual arbolitos bravíos, llevan en el tronco ingerta una rama de genio que hará que florezca á su debido tiempo, así como el escaramujo da fragantes rosas.

Fué preciso volver varias veces á la Galeria Nacional porque la primera visita fué muy de priesa; los viajeros de la expedicion no podian permanecer mucho tiempo en parte alguna.

—No hemos venido á Londres para ver cuadros, gritaba un gollilla borgeño; los tenemos en el Louvre.

—Ciertó, añadió un español, siempre es un mismo género.

—Y además las salas todavía no están entarimadas.

Y volviéndose atrás tumultuosamente se decian:

—Estos ingleses no conocen las artes ¡qué lástima! ¡y qué diferencia tan grande entre Inglaterra, España y Francia! ¡No hay aqui un lienzo que valga ocho cuartos!

Ahora bien, la Galeria Nacional de Londres es un diamante engastado en cobre.

Si esta coleccion es limitada, si este pais rico y floreciente no posee un museo sino de doce años á esta parte, es necesario atribuirlo enteramente á la fria austeridad de las costumbres de la nacion. La revolucion de 1648 cortó las alas á la musa inglesa que principiaba á remontar el vuelo impulsada por Carlos I, amigo apasionado y ardiente de las artes. Enrique VIII é Isabel habian obrado en el mismo sentido, y la creencia religiosa no habia invadido todavía las costumbres de estos soberanos, educados entre el fausto y pompa del renacimiento. Carlos I, gran compilador, habia enriquecido su palacio con una galeria la mas preciosa de Europa. Cromwel la desbarató; hizo venderlo todo á un precio infimo, y los cuadros volvieron al continente en provecho del Louvre y de la galeria de Orleans, que la revolucion francesa hizo que volviesen otra vez á Londres para adornar las galerias de los particulares. Impulsado por la santa antipatia que le inspiraba todo cuanto podia recordar el fausto y pompas profanas de la iglesia romana, el sombrío Cromwel se esforzó en destruir todo lo que no pudo ser vendido; la Inglaterra vitupera amargamente aquel piadoso fanatismo. Mas de una vez me ha parecido la opinion pública apasionada hasta la injusticia, tocante á aquel poderoso genio que tan eficazmente contribuyó á la prosperidad material del pais. Las costumbres inglesas rigidas, frias, y dominadas por un racionalismo árido, son obra suya; esta beateria que tan vecina está de la hipocresia, esta austeridad exterior, esta íntima pasión por las formalidades y ceremonias, son propias del carácter inglés y se admira en sus usos; pero no tiene conmiseracion con su modelo y su innovador: no perdona á Cromwel el haberlo hecho tal cual es. Esta tirria, este rencor es el último grito de la naturaleza, y el vago arrepentimiento de una libertad imaginaria de la que no ha conocido las delicias ni las aspiraciones.

Es interesante juzgar por comparacion de la suerte que esperan despues de dos siglos de posteridad los grandes innovadores revolucionarios. A fuerza de paciencia y perseverancia he logrado insinuarme y atraerme la confianza de varios ingleses de distintas clases para indagar qué es lo que pensaban en cuanto á Cromwel; su prestigio ha desaparecido; este pueblo, mas libre que el francés y tan prendado de su independencia, no ve en el protector mas que al déspota sin pedestal. Cromwel, tal como lo pintó Bossuet,



es un retrato sorprendente que hiere la vista de los desprestigiados ingleses.

Por lo demás, esta nación dedicada toda á los intereses del momento, se ocupa muy poco de los recuerdos de los tiempos pasados. Allá bajo diez años trascurridos representan un siglo; tuvimos ocasión de adquirir la prueba. En la parte baja de Trafalgar-square, Eduardo I había en otro tiempo mandado erigir una cruz de piedra á la memoria de la reina Leonor, la que dió el nombre de *Charing-Cross* á la calle y encrucijada. Despues, sustituyendo á un Dios mártir un rey destinado al martirio, se colocó en aquel sitio la estatua ecuestre de Carlos I, la primera que se había visto en Inglaterra y había venido de Francia. Durante la guerra civil, el parlamento la vendió á un calderero con la obligación de que había de fundirla. Este, como buen auverniano, la tuvo oculta previendo una mudanza de gobierno, y verificada esta, se la presentó á Carlos II. Al pie de este monumento restaurado y á vistas de *White-Hall*, es donde los heraldos proclaman el advenimiento de los reyes de Inglaterra. La elección del sitio para este acto encierra una lección muy amarga.

Desde allí comienza la calle del Parlamento, que conduce á Westminster, sepulcro de los monarcas que yendo á recibir la corona en la basílica misma en que han de ser sepultados, á la mitad del camino huellan la tierra que fué empapada con la sangre de su predecesor. Del antiguo palacio de *White-Hall*, devorado por el fuego de 1695, únicamente resta la sala de los festines, edificada por Jorge I, y cuyo cielo raso está decorado con una inmensa pintura de Rubens que representa la apoteosis de este príncipe. De una de las ventanas de este salón, transformado en capilla protestante, es de donde se sujetó la armadura del cadalso de Carlos I. Este edificio de perfecta simetría tiene siete ventanas que caen á la calle y otras siete que miran al jardín, y las dos fachadas son iguales. Uno de nuestros guías nos mostró la ventana histórica cuando atravesamos la calle; su compañero quería que fuese la del costado opuesto, y otro tercero señalaba la de la esquina, hipótesis evidentemente improbable. La ventana en cuestión es la segunda de la derecha, decía el uno; no, replicaba el otro, es la de la izquierda. Así es que el pueblo inglés ignora el sitio en que terminó aquel trágico suceso. Estos recuerdos que tanto conmueven los ánimos romancescos y pensadores le son indiferentes. Yo he rodeado con mucha frecuencia este edificio buscando algún indicio ó razón convincente. Este es cuadrado, y el piso bajo, elevado á la altura de diez á doce pies del suelo, está superado por otro cuarto coronado con una cornisa, que sostiene una galería construida de piedra; las ventanas del primero están decoradas con un cornisamento, y las del piso bajo con pequeños frontis de medio punto, alternados con otros triangulares. Las tres del centro están separadas por cuatro columnas dóricas voleadas, y las dos ventanas de cada extremo únicamente con pilastras del mismo orden. Los pisos están separados por un entablamento adornado con un cordón, y los pedestales de los pilares ó columnas del alto descansan encima de los chapiteles de las pilastras del piso inferior; se prueba todavía que se podía pasar encima del cadalso por las pequeñas ventanas cuadradas practicadas á ras del suelo, para dar luz á las cocinas que están mas bajas que el piso de la calle.

Tal es el aspecto del costado de *Parlament-Street*, de

este edificio ejecutado segun el estilo de principios del siglo XVII; esta descripción conviene igualmente á la fachada que mira á *White-Hall-Garden*, patio pequeño rodeado de árboles y palacios. Allí es donde vi morir á sir Roberto Peel. En el centro de este jardinito, á quince pasos del palacio, se pasa por delante de la estatua pedestre de Jacobo II, vestido de César, mirando con expresión triste un sitio que su brazo inclinado hacia abajo y su índice estendido parece que señalan el suelo.

De aquí otra tercera versión: Jacobo II señala con el dedo el sitio en que murió su padre; pero además de que aquel parage estaría muy distante de las ventanas, puede objetarse á esta opinión muy vulgarizada, que la mano del rey medio cerrada ha sido horadada y ahuecada por dentro, así como el dedo índice; esta mano, cuya palma y la parte interior de las falanges han sido ligeramente limadas, han conservado como en un molde la impresión ó marca de un objeto cilindrico que tenía apretado: una espada, por ejemplo, un cetro ó un baston de mando; el índice, achatado y dispuesto para estar apoyado sobre cualquiera de estas tres cosas, no se había alargado sino para afianzarlas. Así es que la ilación deducida de la postura y gesto de Jacobo II carece de fundamento. Henos, pues, reducidos ya á inquirir por nosotros mismos el verdadero parage de aquella tragedia.

Una de las versiones mas acreditadas sobre este particular, sostiene que la ejecución se verificó á vista del Támesis, y por consiguiente al costado del jardín, cerca de la estatua de Jacobo. Mas este parage y los antiguos planos que se citan para prueba, eran en aquel tiempo un patio cuadrado y cerrado exactamente, y una línea de casas encubría á la sala de convites la vista del río. Otra asercion adoptada por el continuador del baron de Roujous, pretende que á la estremidad del salón de convites se practicó una abertura delante de la que se levantó el tablado.

Pero de las dos estremidades del edificio, la una estaba apoyada á otras construcciones contiguas á la puerta gótica de la cerca de Westminster, y la otra estaba separada únicamente por un estrecho espacio de la otra porción del antiguo palacio de *White-Hall*.

La historia refiere que la muchedumbre era tan numerosa y tan conmovida, que despues de la ejecución fué preciso dispersarla dando cargas la caballería. Estas tropas no hubiesen podido maniobrar ni aun moverse en el patio, ni en el ángulo formando en la estremidad de la sala por la porterna y las paredes de *White-Hall*.

A esta hipótesis opongamos dos historiadores: Rapin-Thoiras dice que el suplicio se efectuó sobre un cadalso levantado en la calle, dando frente al salón de los festines: la otra atestacion es todavía mas esplicita; es la de Jhon Rushworth, en el tomo VII de sus *Historical collections of private passages in State, and remarkable proceedings in Parliament*. Rushworth escribe que esta tragedia terminó en la calle y que Carlos I salió por una de las ventanas de *White-Hall*. Ahora bien, si Jhon Rushworth no presencié la ejecución, cuando menos es probable que vió levantar el tablado.

La suposición de la abertura hecha en la pared es inadmisibile: están tan juntas las ventanas, que no hubiese habido espacio entre ellas para hacer un agujero del ancho suficiente.

Esta segunda ventana, de mas fácil salida que las de en-





medio por las columnas salientes, proporcionaba mas ventanillas para apoyar los andamios y tablado: por esta parte la calle es mas ancha y desembarazada; en fin, esta ventana es la designada por las probabilidades y por la tradicion; uno de los guías, y los mismos que sirven la capilla me la indicaron sin titubear.

Este suplicio fué precedido de tan largos tormentos, de tan crueles humillaciones, y sufridas con tan firme resignacion, que hizo odiosa la república y la deshonró desde su origen.

El pueblo venera la memoria del mártir asemejando su muerte con la de Jesucristo, la consagra bajo el nombre de la pasion de Carlos I, y la ignominia recae sobre el pueblo inglés. Ana Bolena, Juana Grey, Maria Estuardo, Strafford, y Carlos I han echado una siniestra mancha en este pais en que se admite con la mas fria indiferencia el oficio de carcelero y de verdugo. Estas impresiones tan remotas despues de tan largo espacio, han vuelto á despertarse con la cautividad y muerte de Napoleon.

Para ser equitativos, añadamos que dificilmente se encontrará en toda Inglaterra un apologista de estos actos sanguinarios: la opinion pública ha vengado al prisionero de Santa Elena: ¿tempero se infiere de esto, que en 1815 haya protestado de esta conducta con la energia que se consiente? No: el inglés es indiferente y dulce para con sus vecinos mientras no median el patriotismo ó interés particular. Napoleon era el mas terrible de todos sus enemigos: habia puesto á Inglaterra á diez pasos de hacer bancarrota, y cruelmente amenazada la industria nacional: poco militar

por instinto, el inglés no se pica de generosidad caballeresca. A la caída del imperio, originada por la mas implacable insistencia y pertinacia en las coaliciones y alianzas, esta nacion se acordó que el reinado de los Cien Dias habia costado á su gobierno un millon por hora, y que en tanto que no quedase cubierto este déficit, no se aplacaria su resentimiento. Celebrad y ensalzad delante de ellos vuestra gloria, y no se incomodarán ni serán enemigos vuestros; pero no toqueis la caja de esta tribu de negociantes, cuyo primer funcionario sentado sobre un dorado sillon, tiene por cogen una saca de lana.

Dejando á White-Hall, entramos en el patio del Almirantazgo enlosado con goma elástica, lujo digno verdaderamente de un pueblo amigo del silencio.

En la fonda nos esperaba una comida suculenta y reparadora, y para aprovechar la noche, los toristas menos cansados visitaron algunas tabernas. En Lóndres no hay placer fuera del círculo de la familia, y los establecimientos públicos de modo alguno contribuyen á halagar la independencia del celibato: desde luego son poco cómodos, y rara vez se encuentra en ellos lo que se desea; si vais á un *coffee-house* os esponeis á no encontrar mas que té ó café, pues está prohibido al cafetero la venta de toda otra bebida. Hay sitios en donde se bebe sin comer, y otros donde se come pero no se bebe. En algunos *oyster-rooms* se encuentra pescado, pero no carne. Las grandes tabernas están mas bien provistas: en ellas se come, y sobre todo se cena á media noche, costumbre que está muy en boga y es de grantono  
(Se continuará.)



Costumbres comerciales. Arreglo de cuentas, tomado de un cuadro de Wilkie. (Véase las páginas siguientes.)



## EPISODIOS CONTEMPORÁNEOS.



Inundacion en Italia, copia del cuadro de Schnetz.

## UNA INUNDACION EN PIAMONTE.

I.

## UN SALVADOR DESCONOCIDO.

En el camino de Alejandria á Plaisance, está situado en medio de una llanura que se pierde de vista, á la entrada de la cual están edificadas tres aldeas rodeadas de árboles, de jardines y de bayas. A poca distancia de este parage corre un río, y delante de este río muy inmediato á

los jardines un arroyo que se convierte en un torrente al menor amago de tormenta. Esta corriente de agua, repentinamente inflamada por las lluvias de la primavera de 1849, se desbordó el 23 de marzo, en el momento que se esperaba menos. Entre los desgraciados sorprendidos por la inundacion se encontraba una familia entera de las cercanías: un aldeano piamontés, su madre, su muger y su hijo. Al ruido de las olas y á vista de una muerte próxima, todos escucharon el grito de su corazon, el hijo se apresuró á echar á su madre sobre sus robustos hombros; la esposa á coger la mano de su hijo, y ambos, animándose mútua-

TOMO X.

30



mente corrieron al puente del arroyo. Pero júzguese cuál sería su desesperación, cuando habiendo llegado á él, después de miles esfuerzos, le vieron desaparecer en medio del torrente. Refugiados sobre un montículo que el agua invadía con rapidez, miraban llenos de terror la ola mugidora á sus pies, las luces de la aldea, donde nadie parecía pensar en ellos, el cielo, residencia de aquel que únicamente podía salvarlos, y lanzaban gritos de desesperación mezclados de invocaciones desgarradoras á Dios, á los santos y á la Madona. Pero el agua subía, la noche ennegrecía el firmamento, y el peligro crecía tanto que la esperanza, última ilusión del hombre, se extinguía en sus corazones. En este momento de inesplicable angustia, distinguieron un punto luminoso que parecía flotar sobre las aguas adelantándose hacia ellos, y redoblaron sus gritos. Este punto creció entonces, se acercó vivamente, y bien pronto las luces de una antorcha, proyectándose sobre el arroyo, mostraron un anciano de barba blanca, que detenido en la orilla opuesta con los despojos del puente exploraba con ansiedad la ribera derecha.

Cuando le vieron lanzaron los inundados un solo grito: sola una palabra salió de sus labios:

—¡El padre!

No se engañaban. ¿Quién otro que un padre hubiera desafiado con tanto ardor los peligros de aquella terrible noche? Por desgracia su abnegación parecía inútil, al sordo murmullo de las aguas, ávidas de sumergir su presa, todos sentían que después de la felicidad de haberse visto, no tenían más que la cruel certidumbre de perecer juntos, y sin embargo la voz del anciano se oyó firme y varonil.

—¡Valor, hijos, valor! aun podemos salvarnos.

—¡Ay! somos perdidos, respondieron desde la orilla opuesta.

—No, no; Dios será misericordioso... ¡Ah! ¡si yo no tuviese más que veinte y cinco años! Pero ¿qué oigo?

—Las olas del Bormida que vienen á buscarnos sin duda... ¡Adios, adios, padre mío!

Este no respondía. Con la antorcha levantada en dirección á la ribera, miraba y permanecía inmóvil como una estatua... De pronto humedecieron sus mejillas algunas lágrimas y sus ojos se elevaron hacia el cielo; quiso hablar, pero no pudo articular más que estas palabras: ¡Dios mío, Dios mío, una barca!...

Con efecto, era una barca, que atraída por la luz de la antorcha se encaminaba directamente hacia los inundados, al lado de los cuales llegó pasados algunos minutos. Era tal la fuerza de la corriente, que los dos remeros que conducían esta embarcación, tal vez hubieran olvidado el deber más santo del hombre, el de venir en socorro de su semejante en el peligro de la muerte; pero una voz, cuyo imperioso acento les hizo detener al punto, les mandó recoger á bordo al niño y á las dos mugeres, el cual mandato obedecieron. El joven campesino, echándose valerosamente á nado llegó á la orilla opuesta al mismo tiempo que la barca, donde á pesar de las tímidas observaciones de los remeros, aquel que parecía ser el dueño de ella se apresuró á recibirle y á su padre, y desapareció sin decir su nombre, después de haberlos arrancado de las garras de la muerte...

## II.

## UN REY SIN CORONA

Un año después, esta pobre familia, tan milagrosamente devuelta á su cabaña, esperaba á los pies de la Madona su salvador desconocido que acababa de anunciarle su visita y le pedía hospitalidad.

Entró por la noche, y la gente honrada de la cabaña le bendecía con entusiasmo, pidiendo al cielo le fuese siempre próspero. Sin dejar su capa, en la cual estaba embozado de manera que pudiese ocultar la mitad de su rostro, se sentó sobre un banco al lado de la lumbre y guardó el más profundo silencio. Habíase preparado á toda prisa una mesa cargada de manjares rústicos, pero sustanciosos, y le obligaron en vano á que se arrimase á la mesa con ellos. Rehusó todo cuanto le ofrecieron, y no quiso aceptar más que un poco de agua. Todo el tiempo que duró la cena de sus huéspedes, permaneció sepultado en las más sombrías reflexiones, y solo cuando se levantaron rompió su silencio para preguntar el nombre de la aldea...

—Marengo, excelencia, respondió el anciano.

—¡Marengo! Marengo! cruel ironía de la casualidad, dijo en voz baja para que no le oyese sus huéspedes, y envolviéndose con más cuidado en su capa, añadió suspirando.

—¿No es aquí donde se dió la famosa batalla del 14 de junio de 1800?

—Aquí mismo, excelencia.

—Fué gloriosa y valerosamente disputada.

—¡Ah, bien podeis decirlo! Dos veces ganada y dos veces perdida! Vencedores á las tres, á las seis huían los austríacos.

—Valientes franceses, dijo el extranjero suspirando; ¡yo hubiera querido ver este triunfo!

—Un magnífico día, excelencia, pero horroroso por la carnicería.

—¿Os hallásteis en esta batalla?

—En primera fila bajo la bandera tricolor.

—¿Y os acordais de ella, buen viejo?

—Como de la inundación en que nos salvásteis; todo lo que graban en la memoria el fuego y el agua, no se borra más que con la muerte, excelencia.

—Hablad, dijo el desconocido, mirando á hurtadillas un reloj guarnecido de diamantes; puedo permanecer media hora en Marengo.

El anciano entonces se detuvo en hacer una larga descripción de la batalla, indicando menudamente las diferentes alternativas que habían experimentado los dos ejércitos beligerantes. Cuando el extranjero oyó el triunfo que habían alcanzado los franceses, exclamó:

—¡Dichosa Francia! Todo lo consigue en este sangriento juego de batallas. ¿Por qué no tiene el Piamonte la misma suerte?

A estas palabras se levantó el anciano haciendo un saludo militar, pues la capa del extranjero se había entreabierto y había visto brillar los bordados del uniforme.

—General, dijo con respeto, pero palideciendo ¿los piamonteses han venido á las manos con los tadeschi?

—Hoy mismo, suspiró el desconocido.

—Perdonad, mi general, continuó el anciano con emoción ¿osaré yo preguntaros?...



—¿La relacion de nuestros infortunios? Italiano de corazon, lo veo, mereces oirla. Escucha: tú me has recordado una victoria; yo voy á contar una derrota... ¿Conoces la Bicoca?

—Es el pueblecillo que atraviesa el camino de Mortara.

—Allí se desplegaba nuestro ejército, desde las casas hasta el canal que se estiende hasta la granja de Corte-Nuova. A las once de la mañana, los austriacos comenzaron el ataque contra Bicoca hácia nuestra izquierda; despues de un vivo cañoneo, el fuego se estendió rápidamente por toda la linea de batalla. Un regimiento situado en primera linea comenzaba á plegar...

—Perdon, general, interrumpió el anciano ¿quereis permitirme que adivine el nombre de ese regimiento? Era el de Saboya ¿no es verdad?

El extranjero guardó silencio.

—He aquí el error, escelencia, continuó; he aquí el error de Carlos Alberto, por haber confiado sus valientes á oficiales inespertos. ¿Qué quereis que hiciera un coronel de diez y siete años? Apostaría cualquiera cosa á que ha dado la señal de fuga. La brigada de Saboya no ha retrocedido; estoy seguro de ello.

—No; ha sostenido el choque y ha rechazado al enemigo hasta la granja de Lavinchí, mientras que el general Bes con las brigadas italianas luchaba en la ciudadela. Nosotros nos estuvimos batiendo desde las cinco, y la batalla daba señales de ser nuestra, cuando Radetzky llevó todas sus fuerzas al lado contrario, donde halló la debilidad y la traicion. Huyeron los oficiales de algunos regimientos, y los batallones, desmoralizados, huyeron tambien antes de haber disparado un tiro.

—¿Y el rey, general? preguntó el anciano llevando la mano á su corazon.

—El rey ha cumplido con su deber; Durando le ha sacado del combate por medio de las balas.

—¿Carlos Alberto es un valiente! exclamó el piemontés yo le he visto subir al asalto de los primeros en el Trocadero, y por mas que digan, allí llovian las balas; yo respondo de ello.

El extranjero se estremeció; miró á su huésped y dejó caer su capa.

—¿Tú has estado en el Trocadero con el príncipe de Carignan?

—A su lado... codo con codo.

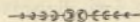
—El dió su fusil á un granadero que se habia batido valerosamente.

—Un fusil montado en plata! ¡Héle aquí, señor! pues el granadero era yo, y el rey sois vos, añadió el piemontés arrodillándose; perdonad á este anciano si ha desconocido tanto tiempo á su rey y á nuestro salvador.

—Ya no soy rey, amigos míos, dijo Carlos Alberto. El rey es mi hijo Victor. Amadle como me habeis amado, pues es tan animoso como yo cuando se trata de salvar del agua y del fuego á sus hijos.

Y diciendo estas palabras, y enjugando algunas lágrimas que rodaban por su blanca barba, salió de la cabaña con los dos servidores que le acompañaron solos en su destierro.

M. L.



## DIARIO DE UN POBRE VICARIO.

### FRAGMENTOS.

(Conclusion.)

Mr. Fieldson tiene razon. ¡Dios del cielo! ¡Cien libras esterlinas! ¿De dónde las saco? Aun cuando vendiera lo que poseo apenas reuniría cien chelines. Brook pasaba por un hombre rico. ¿Deberia yo sospechar que hubiera concluido así? El escaso patrimonio de mi esposa se agotó durante su larga enfermedad; hoy me veo reducido á la mendicidad. ¡Ah! ¡si pudiera ser un mendigo libre! Pero es preciso que yo vaya á la prision, á menos que Mr. Withiel no sea muy generoso. Es imposible pagarle.

*El mismo dia por la tarde.*—Me avergüenzo de mi debilidad. ¡Abatirme! ¡Dudar! ¿Y creo en la Providencia, y soy sacerdote? ¡Qué locura!

He hecho cuanto he podido y cuanto he debido hacer. He llevado al correo mi carta para Mr. Withiel, en la que le espongo la imposibilidad en que me hallo de satisfacer el empeño que contrahe, añadiéndole que está en su derecho si me reduce á prision.

Al volver del correo he puesto á prueba el valor de mis hijas.

Les he referido la trágica muerte de Brook, la fianza que yo habia firmado y todo lo que debia resultar, y me han escuchado con una triste atencion.

—¡En prision! ha dicho Jenny en voz baja, llorando y estrechándose en sus brazos. ¡Ah! padre mio, tú que no has hecho daño á nadie ¿sufrirás tales infortunios? Pero yo pasaré á Trowbridge, me echaré á los pies de Mr. Withiel, y no me levantaré hasta que haya obtenido tu libertad.

—No, exclamó Polly. ¿Qué conseguirías con eso? Los mercaderes son mercaderes, y no dispensarán por tus lágrimas un chelin de la cantidad que reclaman. Yo iré á casa de ese hombre, y me obligaré á servirle toda mi vida, y á no comer mas que pan y agua, hasta que haya desquitado con mi trabajo la deuda de mi padre.

—¿De qué sirven esos inútiles proyectos? Esperemos la respuesta de Mr. Withiel. Si quiere ser cruel, que lo sea. Dios estuvo tambien en la cárcel. Si te condenan, padre mio, al ir allí tal vez te encuentres mejor que aquí en medio de la miseria. Ningun crimen pesa sobre tu conciencia. Nosotras nos pondremos á servir, y con nuestro salario remediaremos tus necesidades. Yo no me avergonzaré de mendigar; mendigar para un padre es una cosa noble y santa; iremos á verte y te prodigaremos los mayores cuidados; nada tenemos que temer.

—Tienes razon, dijo Polly; el que teme no cree en Dios. Yo quiero estar contenta, tan contenta como pueda estarlo separada de tí y de mi padre.

Estas palabras me han animado. Fleetmann tenia razon cuando dijo que yo tenia dos ángeles á mi lado.

*El dia de San Silvestre.*—El año ha concluido; doy gracias al cielo, pues á pesar de todo, aparte de algunas tormentas, este año ha sido para mí bueno y dichoso. En algunas ocasiones nos hemos visto pobres; pero nunca nos ha faltado con qué matar el hambre. ¡A menudo nuestro co-



razon seba turbado con amargas inquietudes; ¡pero han nacido tantas alegrías de estas mismas inquietudes! Hoy apenas cuento con recursos para vivir seis meses. Pero ¡cuántos habrá que tengan menos y no sepan cómo comer mañana!

He perdido mi destino; me hallo cercano á la senectud, sin empleo, sin pan. Tal vez pase el año próximo en una prision, lejos de mis queridas hijas; pero Jenny lo ha dicho: Dios estuvo tambien en la cárcel. Para una conciencia pura, el infierno mismo no es un infierno; y para el alma del malvado no hay felicidad ni aun en el cielo. A la verdad yo soy dichoso; aquel que sabe soportar las privaciones es rico; una buena conciencia vale mas que todos los honores del mundo.

La desgracia ha sido para mí una escuela que me ha hecho comprender mejor el Evangelio.

Quiero terminar el año con estas reflexiones; aplaudo la idea que tuve de escribir este diario; todos los hombres deberian hacer uno semejante, pues se saca mas partido de este estudio de sí mismo que de la lectura de los libros mas sabios.

Este año he experimentado cuán verdadero es aquel proverbio que dice: que una desgracia nunca viene sola, y aquel que nos enseña, que cuando un mal ha llegado á su colmo, es que estamos cerca de una grande felicidad; por eso despues de la primera turbacion del dolor comienzo á pensar con placer en el bienestar que me queda que esperar y me lisonjeo pensando en que la lucha toca á su término. Al contrario, cuando la felicidad llega á su colmo me inquieto y no determino entregarme á la esperanza.

Desconfio de la paz; entregarse á una grande confianza es un escollo peligroso para el hombre. Ademas, de lejos toda desgracia parece mas terrible que lo es realmente cuando pesa sobre nosotros. Las nubes no son tan sombrías de cerca como á una larga distancia. Cuando presiento un suceso enojoso, tengo la costumbre de suponer las consecuencias mas siniestras: pienso siempre en lo peor, y la realidad nunca es tan funesta como mis suposiciones.

4.º de enero de 1765 por la mañana.—Hé aqui una triste y admirable aventura al empezar este año.

A las seis de la mañana, reflexionaba en la cama sobre el sermón que debo predicar hoy, y oí llamar á nuestra puerta. Polly estaba ya en la cocina y acudió para ver quién llamaba.

Las visitas matinales son raras en nuestra casa. A la luz del crepúsculo, un hombre le entregó una caja grande y le dijo: «M... (Polly no entendió el nombre) envía al señor vicario esta caja y le encarga cuide mucho lo que ella contiene.»

Polly tomó la caja sorprendida, y el mensajero se alejó. Viene en seguida á la puerta de mi aposento y llama quedito para saber si yo estaba despierto. La mando entrar: me saluda deseándome prosperidades en el nuevo año, y añade riéndose:

—¿Ves, padre mio? los sueños de Polly significan alguna cosa. Aqui viene encerrada tu mitra de obispo.

Luego me refiere la manera con que habian traído este aguinaldo para mí. Sentí mucho que Polly no hubiese insistido en conocer el nombre del bienhechor.

Salió para encender la lámpara, y para llamar á Jenny; mientras tanto yo me vestí, y confieso que mi curiosidad estaba vivamente escitada. Hasta aquí el vicario de Creke-

lade no ha recibido mas que raros y pobres aguinaldos. Sospeché esto provendria de mi amigo el arrendatario, cuyo afecto creí haber conquistado: pensé que me enviaba algun regalo, y admiré su delicadeza al enviarme tal presente en tan buena ocasion.

Entré en la sala. Polly y Jenny estaban ya de pie al lado de la caja, cuidadosamente cerrada y estraordinariamente gruesa. La levanté y la encontré bastante pesada. ¡Cosa singular! sobre la cubierta habia dos agujeros redondos.

La abrí con precaucion con la ayuda de Jenny. Cubria el presente un pañuelo blanco de tela muy fina; le levanté y... No, yo no puedo pintar nuestro asombro: todos gritamos á un tiempo: ¡Dios mio!

Un niño de seis ú ocho semanas dormia alli entre paños de un tejido delicado y rodeado de cintas color de rosa. Su cabeza descansaba sobre un cogen de seda azul y le cubria un cobertor finísimo.

Quedamos algunos minutos mirándonos en silencio. Ultimamente exclamó Polly dando grandes risotadas:

—¿Qué vamos á hacer con esto? Lo que vemos no es una mitra de obispo.

Jenny acarició las mejillas del niño y dijo en voz conmovida:

—Pobre criatura, ¿no tienes madre, ó tu madre no se atreve á tenerte á su lado? ¡Gran Dios! ¡Un ser tan inocente abandonado, sin socorro! ¿Ves, padre mio? Mira, Polly, con qué confianza duerme sin conocer su desgracia, cómo comprende que Dios le guarda. Duerme, criatura mia, duerme en paz, que nosotros no te rechazamos. Te han traído á una casa donde serás amado. Yo quiero ser tu madre.

Mientras que Jenny hablaba de esta manera las lágrimas corrian por sus mejillas. Ye he estrechado contra mi pecho esta excelente jóven y la he dicho:

—Bien, si, sé su madre. El niño abandonado por la suerte pertenece á aquellos que, como él, son víctimas de la suerte. Dios quiere sin duda poner á prueba nuestra fé... Pero no, no la pone á prueba, la conoce ya, y hé aqui por qué nos confía este niño. No sabemos cómo viviremos mañana; pero aquel que lo sabe, quiere que seamos los protectores de este niño.

Pronto tomamos nuestra resolucion: el niño continuó durmiendo, y nosotros hicimos, sin embargo, toda especie de conjeturas sobre sus padres, á quienes debiamos conocer, puesto que la caja venia dirigida á mí.

Desgraciadamente, Polly no podía decirnos nada acerca del conductor. Yo me puse á pensar en mi sermón, en el cual debia precisamente hablar del poder de la eterna Providencia. Durante este tiempo mis hijas hablaban relativamente á los cuidados que consagrarían respecto á este pobre niño desconocido. En cuanto á mí, me parecia que al comenzar el nuevo año entraba en un mundo de prodigios, y sea ó no el efecto de una supersticion, miré á este niño como un ángel que me habia Dios enviado para protegerme en mis desgracias.

Respiraba con mas libertad, y mis pensamientos eran dulces y tranquilos.

El mismo dia por la tarde.—He terminado mi santa obra y entro en mi casa bastante fatigado.

Me ha sido preciso caminar mucho tiempo por senderos muy escabrosos; pero á mi llegada me ha reanimado el contento de mis hijas. Mi casa presenta un aspecto de rego-



cijo que no he visto hace mucho tiempo. La mesa estaba ya puesta, y sobre ella he visto una botella de vino: era un presente de una mano desconocida.

Lo que me complació sobremanera fué ver al precioso niño sonreír en los brazos de Jenny. Polly me ha enseñado la canastilla de nuestro niño: una docena de pañales excelentes, mantillas, gorritos, y además un bolsillo con dinero dirigido á mí que había descubierto á los pies del niño cuando se despertó y le tomó en sus brazos.

Abri el bolsillo. Contenia un cartucho de veinte guineas y una carta concebida en estos términos: «Confiado en vuestra digna piedad y en vuestra caridad, unos padres desgraciados os envían su hijo querido. No le abandoneis. Cuando podamos darnos á conocer pasaremos á daros muestras de nuestra gratitud, y sabremos siempre lo que hagáis por nuestro hijo. El niño se llama Alfredo y está ya bautizado: os enviamos el primer trimestre de su pensión, y cada tres meses se os pagará exactamente una cantidad igual. Cuidad mucho del niño; le recomendamos á la ternura de vuestra amable Jenny.»

A la lectura de esta carta Polly dió un salto de alegría y exclamó:

—Hé aquí nuestra mitra de obispo. ¡Dios del cielo, qué ricos vamos á ser! Adios pobre destino de vicario. Sin embargo, yo no debería estar tan gozosa. Bien pudieran haber hablado algo de la amable Polly.

Leímos lo menos diez veces la carta, y nos parecía un sueño ver tanto oro sobre la mesa.

¡Qué aguinaldos! Veía un porvenir mas lisonjero, pero por una casualidad extraña é inconcebible.

He pasado vanamente revista sobre todas las gentes que yo conozco, para descubrir aquel cuya posición y nacimiento podía obligarle á ocultar así la existencia de su hijo, ó que fuese bastante rico para poder pagar tan cara una obra de caridad cristiana.

Por mas que busco no encuentro á nadie. Sin embargo, es menester que los padres de Alfredo nos conozcan particularmente, tanto á mí como á mis hijas.

Los recursos de la Providencia son admirables.

**2 de enero.**—La fortuna me colma de beneficios. Hoy por la mañana he recibido por el correo doce libras esterlinas con una carta de Mr. Fleetmann. Esto es demasiado: por un chelín me devuelve una libra; forzosamente sus negocios deben caminar bien, como me lo anuncia en su carta. Siento mucho que no me mande decir dónde vive.

Quiera Dios que la riqueza no me haga demasiado presuntuoso. Ahora espero pagar poco á poco la deuda de Brook. Cuando dije á mis hijas que había recibido carta de Mr. Fleetmann, ambas se pusieron muy alegres; no comprendo por qué este joven las ocupa tanto. Jenny se ha puesto encarnada y Polly le ha ocultado el rostro con sus manos; Jenny entonces se ha incomodado bastante.

He leído la carta de Fleetmann, no sin algun embarazo, pues este joven es demasiado lisonjero; me tributa elogios que no merezco; todo lo exagera, hasta cuando alaba á Jenny. Me compadecía ver tan turbada á la pobre niña mientras que yo leía; es preciso que yo cite un pasaje de esta carta, porque es muy notable.

«Digno pastor, cuando sali de vuestra casa me pareció que dejaba la morada de mi padre para entrar en un desierto; jamás lo olvidaré, nunca olvidaré los momentos di-

chosos que he gozado á vuestro lado. Os veo delante de mí con vuestra rica pobreza, vuestra humilde caridad, vuestra grandeza de alma patriarcal, y la encantadora Polly está allí... ¡Ah! para vuestra Jenny no encuentro expresiones. ¿Qué nombre puede darse á los seres celestiales, cuya presencia poetiza todo cuanto les rodea? Toda mi vida pensaré en aquel bendito momento en que ella me trajo los doce chelines, en que me dirigió palabras de verdadero consuelo. Todavía poseo esos doce chelines, y no los daré por mil guineas. Pronto podré explicároslo todo. Desde que existo en el mundo no he tenido un instante mas feliz y mas desgraciado á la vez que el que disfruto ahora. Ofreced mis respetos á vuestras excelentes hijas, si ellas no me han olvidado todavía.»

Por el contenido de esta carta se ve que Mr. Fleetmann piensa volver á Crekelade. Me regocijo con este pensamiento, porque podré atestiguarle mi leal reconocimiento.

Tal vez por un exceso de sensibilidad me haya enviado todo lo que posee para darme gracias por haberle prestado la mitad de lo que yo tenía. Si así fuera lo sentiría mucho; parece un poco ligero; pero tiene buen corazón.

Alfredo se ríe hoy mucho con Polly, al mismo tiempo que Jenny, como una madre, le lleva en sus brazos. Mis hijas cuidan al huésped mejor de lo que yo creía; también es cierto que es un niño encantador.

Le hemos comprado una cunita y todo lo que necesitaba. La cuna está al lado de la cama de Jenny, y vela de noche y de día como el ángel de la guarda sobre su hijo adoptivo.

**3 de enero.**—Hoy el vicario Bleching ha llegado á la posada con su joven esposa, y me lo ha mandado decir; al momento he pasado á verlos. Es un hombre agradable y muy atento; me dijo que venia destinado á ser mi sucesor, y que deseaba entrar cuanto antes en el ejercicio de sus funciones si yo consentía en ello; pero que podía habitar el presbiterio hasta Pascua, porque andando el tiempo esperaba vivir en casa del alderman.

Yo le he contestado, que puesto que lo deseaba le enviaría en seguida los asuntos de la vicaría, y de este modo me encontraría mas libre para buscar otra colocación. Añadí que únicamente deseaba predicar un sermón de despedida á mis feligreses, á los cuales había estado enseñando tanto tiempo la palabra de Dios.

Me ha ofrecido venir á comer á mi casa para examinar el estado del presbiterio. Ha venido con el alderman y con su esposa que manifiesta ser un tanto orgullosa y desdeñosa; apenas ha dirigido una mirada á mis hijas; nada le agrada en mi casa. Cuando ha visto á Alfredo en su cuna, se ha vuelto hacia Jenny y le ha dicho: «¿Sois casada?» La buena Jenny se ha ruborizado y ha hecho un signo negativo con la cabeza. Estas maneras me han parecido poco conformes; pero no he dicho nada; he ofrecido una taza de té y no la han querido; el nuevo vicario parece obedecer las menores voluntades de su esposa.

Quedamos muy contentos cuando nos vimos libres de tan importuna visita.

**6 de enero.**—Mr. Withiel, si se le juzga por su carta, debe ser un excelente hombre. Me compadece mucho por haber contraído esta desgraciada obligación, y me escribe asegurándome que no me atormentará aun cuando no pueda pagarle nunca. Parece que conoce mi situación y la de mi



familia, y habla con elogio de ella; me considera como un hombre honrado, lo cual es para mí de grande satisfacción. Cuando pueda iré á verle y le daré las doce libras de M. Fleetmann á cuenta de mi enorme deuda.

Jenny asegura que duerme muy bien al lado de Alfredo, que está tranquilo toda la noche y que no despierta mas que una vez para beber. Sin embargo, la niña me da cuidados porque no tiene ya aquella viveza natural de antes, aunque manifiesta estar mas alegre que cuando nos fatigaba la falta de medios para vivir. Muchas veces, despues de haber cogido su labor, se queda inmóvil y pensativa, dejando caer sus manos sobre sus rodillas. Cuando se la dirige la palabra se estremece un poco, y es preciso repetirle lo que se le acaba de decir. Esto proviene indudablemente de la interrupcion de su sueño, aun cuando ella no quiera convenir en ello. Pero nada puede decidirla á dormir durante el dia; afirma que se encuentra buena.

No creí que fuese tan vana: las alabanzas de Fleetmann no le han desagradado, pues me ha pedido su carta para volverla á leer, y la ha guardado en su cesto de labor. ¡Qué locura!

8 de enero.—Mi sermon de despedida ha hecho derramar lágrimas á la mayor parte de mis oyentes; ahora conozco que me querían mis feligreses; nunca me han dicho tantas palabras afectuosas, ni me han colmado de tantos presentes. Nunca he tenido tanta abundancia de cosas buenas ni tanto vino en mi casa. Si yo hubiera poseído hace algun tiempo la décima parte de todo esto, me hubiera creído el hombre mas feliz de la tierra: una gran parte de nuestras provisiones ha salido ya de la casa, porque conozco á las familias pobres de Crekelade, y Jenny conoce todavía mas familias que yo.

Por eso debo decir que me encontré muy conmovido cuando predicaba mi sermon: le escribí llorando; era una despedida á la parroquia donde habia vivido tanto tiempo; me veo desechado de la viña del Señor como un obrero inútil, y no obstante he trabajado con celo; he esparcido buenas semillas y arrancado malas raices. Soy desechado de esta viña donde noche y dia he vigilado, enseñado, aconsejado y rezado. Nunca hui del lecho del enfermo: fortificaba al moribundo en su agonía con santas esperanzas; nunca me alejé del pecador, ni abandoné al pobre; llevé á las ovejas descarriadas por el sendero de la buena vida. ¡Ay! estas almas ligadas á mi alma se van á separar de mí. ¡Cúmplase la voluntad del Señor!

Hoy ofrezco voluntariamente al doctor Snart desempeñar mi empleo gratuitamente si el nuevo vicario no habia cobrado su pension. Yo he estado desde mi infancia acostumbrado á la miseria, y desde mi infancia las inquietudes de la vida material no me han abandonado. Ahora con la pension de Alfredo tenemos mas de lo que necesitamos, podemos ahorrar y vivir cómodamente.

¡Ah! no me quejaría ya del viento ni de la lluvia que humedecía mis blancos cabellos si pudiese todavía enseñar á mis párrocos la palabra de Dios!

Sea lo que Dios quiera; no es mi ánimo murmurar: las lágrimas que caen sobre este papel, no son lágrimas de tristeza; no seria la pérdida del oro lo que haría correr mis lágrimas; pero Señor, Señor, deja que sea tu servidor por débil que me encuentre; deja que torne á entrar en tu viña para conquistar almas que te bendigan.

13 de enero.—Mi viage á Trowbridge ha sobrepujado á mis esperanzas. He llegado al oscurecer á pie á este bonito pueblo; me encontraba fatigado y he dormido mucho tiempo. Por la mañana me he vestido de limpio. Desde el dia de mi casamiento no he vuelto á tener tan buena ropa: he ido en busca de Mr. Withiel, que vive en una casa grande y hermosa.

En un principio me recibió con alguna frialdad; pero desde que supo quién yo era me ha mandado entrar en su gabinete; le he dado gracias por su bondad, por su indulgencia, y le he referido la circunstancia que me obligó á ser fiador de Brook y las desgracias que yo habia experimentado; despues quise poner las doce libras sobre la mesa.

Mr. Withiel me miraba con visible emocion, y cuando concluí de hablar me cogió la mano y me dijo:

—Yo os conocia ya; me he informado de vos; sé que sois un hombre honrado; tomad este dinero, porque no puedo en conciencia privaros de este presente del año nuevo, y creo que seréis bastante bueno para guardarle como un recuerdo mio.

En seguida se ha levantado y entrado en otro aposento y me ha presentado un escrito diciéndome:

—¿Conoceis este papel de fianza y vuestra firma? Tomad, os le doy para vos y para vuestras hijas.

Ha roto el papel y le ha puesto seguidamente en mis manos.

Yo no podia pronunciar una palabra, pues estaba estupefacto; las lágrimas corrían por mis mejillas. Vió que yo queria dar las gracias y que no podia. «Vamos, vamos, añadió, no hay ya que hablar sobre el asunto, es la única señal de agradecimiento que os pido. Yo hubiera perdonado esta deuda á Brook si él me hubiese revelado su posicion.» No, yo no he conocido en mi vida un hombre mas generoso que Mr. Withiel; su bondad ha sido estremada.

Me ha rogado que le explique mas de lleno los pormenores de mi situacion, y me ha presentado á su muger y á su hijo. Luego ha mandado á la posada por mi maleta y ha insistido en que me quede en su casa, donde he sido tratado como un príncipe. Mi aposento, los tapices, la cama, era cosa tan magnífica, que apenas me determinaba á tocar aquellos muebles. Por la mañana, Mr. Withiel me ha hecho entrar en su bello carruaje disponiendo que me llevasen á Crekelade; me separé de él con una emocion inesplicable: mis hijas han llorado de alegría cuando les he dicho: «No os admireis; esta sencilla hoja de papel, era mi carga mas pesada, pero vedla convertida en pedazos. Rogad para que Dios recompense á nuestro libertador.»

16 de enero.—El dia de ayer ha sido el mas memorable de toda mi vida.

Nos hallábamos reunidos en la sala á eso de las doce del dia; yo mecia á Alfredo; Polly leía, y Jenny cosía cerca de la ventana. De pronto se levanta y retrocede pálida como la muerte: nosotros asustados le preguntamos lo que le habia sucedido; mas ella se esfuerza en sonreír y nos dice: «¡Llétele aquí!»

La puerta se abre y vemos entrar á Mr. Fleetmann elegantemente vestido. Le saludamos gozosos por haberle visto en una situacion mejor que en la que le vimos la primera vez.

Me abraza, besa á Polly y saluda respetuosamente á Jenny que no habia vuelto aun de su asombro. Habiendo



observado su palidez, se informó con inquietud del estado de su salud. Polly lo explicó todo; entonces él, besó la mano de Jenny como para suplicar perdones por la viva emoción que involuntariamente le había causado; pero la pobre niña estaba ya mas encarnada que una rosa de mayo.

He mandado traer al instante vino de grosella y bizcochos para recibir á nuestro huésped, á nuestro querido bienhechor, mas dignamente que lo hicimos la primera vez. Al principio ha rehusado, porque varias personas le esperaban en la posada; pero no ha podido resistir á la súplica de Jenny y se ha sentado con nosotros á la mesa.

Pensé que las personas que le esperaban eran cómicos, y le pregunté si había proyecto de representar alguna comedia en Crekelade.

—Si, me ha respondido; pensamos hacer una comedia, pero la entrada será gratis.

Polly tocó las palmas de contento, pues hacia ya mucho tiempo que deseaba ver la representacion de una comedia.

—¿Traéis con vos, preguntó, muchos cómicos?

—Tan solo un hombre y una muger, respondió Fleetmann; pero son excelentes actores.

A estas palabras Jenny se puso triste, y dirigió una mirada grave á Fleetmann, y le dijo:

—¿Y vos representais tambien?

Pronunció estas palabras con un tono de voz que nunca le oí sino en circunstancias muy graves. El pobre Fleetmann se turbó al oír este acento, y la miró á su vez gravemente; buscaba una respuesta, y al fin respondió:

—Señorita, yo os lo juro, por mi Dios y por el vuestro, vos sola podreis resolver ese problema.

Jenny bajó los ojos; Fleetmann continuó hablando; mi hija le respondia; pero verdaderamente no pude comprender lo que se decian. Polly y yo escuchábamos con atencion sin poder sacar nada en limpio; pero ellos parecian comprenderse, y Fleetmann revelaba afligirse con las respuestas de Jenny que para mi no significaban nada. En fin, juntó las manos, levantó al cielo los ojos llenos de lágrimas y exclamó:

—Entonces yo soy un hombre desgraciado!

Polly se acercó á ellos y dijo:

—Me parece que comenzais ya á representar la comedia.

Fleetmann cogió la mano de Polly con prontitud exclamando:

—Ah! ¡si lo que decis pudiera ser verdad!

Yo puse término á todo este embrollo llenando los vasos para beber á la salud de nuestro bienhechor.

—Señorita, dijo Fleetmann mirando á Jenny con gravedad, ¿quereis beber á mi salud?

Jenny puso la mano sobre su corazon, cerró los ojos y bebió sin pronunciar una palabra.

Fleetmann entonces se puso mas alegre, se aproximó á la cuna y miró al niño. Polly y yo le contamos lo que habia sucedido, y respondió riéndose:

—Vos no me habeis adivinado cuando os envié este aguinaldo el dia de año nuevo.

—¡Cómo! ¿vos? ¿Qué es esto? Exclamamos los tres.

Nuestra admiración llegó á su colmo; Fleetmann tomó la palabra y nos habló del modo siguiente:

—Yo no me llamo Fleetmann; soy el baron Cecilio Fayrford. El hermano de mi padre queria despojarnos de los bienes que pertenecian á mi hermana y á mi. Ha seguido con-

tra nosotros un proceso que ha durado muchos años, y durante este tiempo no hemos tenido para vivir mas que la corta herencia de nuestra madre. Mi hermana sentia cruelmente la opresion de nuestro tio, que era tambien su tutor, que habia resuelto casarla con el hijo de uno de sus amigos; pero, con mi aprobacion, se ha casado secretamente con el jóven lord Sandow, y Alfredo es fruto de esta union. Conseguimos alejar por espacio de algunos meses á mi hermana de la casa de su tutor bajo pretexto de que necesitaba tomar baños de mar; pero tambien era preciso encontrar una casa segura para el niño. Por una feliz casualidad oí hablar de la pobreza y de los sentimientos caritativos del vicario de Crekelade. Llegué aquí espresamente para inspeccionar yo mismo si era verdad lo que se decia, y la manera con que fui acogido fijó mi resolucion. Mi hermana no ha vuelto á casa de nuestro tio; hace cuatro meses que hemos ganado el pleito, y hemos entrado en posesion de nuestro patrimonio legítimo. El viejo lord hace algunos dias que ha sucumbido á un ataque apoplético, y mi cuñado ha dado al momento parte de su casamiento. Hoy no tenemos ya motivos que obliguen á ocultar la existencia de este niño, y sus padres vienen á reclamarle. Yo, señor vicario, vengo tambien á buscaros y á vuestra familia, si es que vos no quereis desdenar mis ofertas. El curato, cuyo rectorado pertenecia á mi familia, está hoy vacante, y á mí toca disponer de este empleo que reeditúa doscientas libras esterlinas al año. Señor vicario, vos habeis perdido vuestro empleo, y me creeré feliz si aceptais el que os propongo, y si consentis en vivir á nuestro lado.

Dios solamente sabe la turbacion que engendraron en mi pecho estas palabras; lágrimas de gozo velaron mis ojos; tendi mis brazos hácia este jóven que se me presentaba como un mensajero del cielo. Polly le abrazó tambien dando un grito de alegría, y Jenny quiso besar sus manos, mas él se retiró con una viva emocion para sustraerse á estas demostraciones.

Nos abrazábamos mutuamente, cuando el baron entró con su cuñado y su hermana. Esta hermosa jóven se precipitó hácia la cuna, y arrodillándose al lado de Alfredo le cubrió de besos á la par que lloraba.

Cuando estuvo mas tranquila se acercó á nosotros y nos dió gracias en los términos mas cumplidos. Polly, mostrándole á su hermana que se habia separado, la dijo:

—Señora, esta es mi hermana, que ha sido la madre de vuestro hijo.

—Lady Sandow se acercó á Jenny y la miró algunos instantes en silencio, y sonriendo se volvió á su hermano; despues abrazó á Jenny; la pobre niña apenas se atrevia á levantar los ojos, y lady Sandow la dijo:

—Os debo demasiado para poder pagar dignamente el favor que me habeis hecho. Sed hermana mia, querida Jenny.

Y mientras que se besaban, el baron se aproximó á ellas:

—Hé aquí á mi pobre hermano, añadió la jóven, sed hermana mia y permitidle que esté de hoy en adelante mas cerca de vuestro corazon.

Jenny se ruborizó.

—Es el bienhechor de mi padre, dijo ella.

—Pues bien, dijo lady Sandow ¿no quereis vos ser tambien la bienhechora de mi hermano? Lanzad sobre él una mirada favorable... ¡Si supiérais lo mucho que os ama!

El baron tomó la mano de Jenny y la llevó á sus labios;





lady Sandow los condujo delante de mí y me rogó que los bendijera.

—¡Jenny! exclamé yo; todo esto es un sueño. ¿Podrías tú amarle? ¡Decidete!

Jenny levantó los ojos hacia el baron, le tomó la mano y la llevó á su corazón, diciendo:

—¡Dios lo ha decidido!

Yo bendije á mi hijo y á mi hija ¡hora solemne! Todos los ojos estaban cubiertos de lágrimas. Polly se precipitó en mis brazos riendo y llorando á un mismo tiempo.

—¿Ves, padre mio? me dijo; hé aqui mitras de obispo sobre mitras de obispo. Mi sueño no ha sido enteramente sueño: algo ha tenido de realidad.

En este momento se despertó Alfredo.

En vano me esfuerzo; renuncio á la tarea que me habia propuesto; es imposible; estoy muy conmovido, y no podré nunca describir este dia tan venturoso. Mi corazón late con demasiada violencia... Además, yo no tengo un instante de reposo.

## ESTUDIOS MORALES.



### LA VIDA HUMANA.

Pocas líneas bastarán para explicar el cuadro simbólico que ofrecemos á la vista de nuestros lectores. En el centro, de pie, y cerca del altar, el esposo y la esposa, de edad madura, representan la acción; la parte de ambos es la misma, solo las atribuciones son diferentes; la muger tiene en su mano el compás, simbolo de igualdad; el hombre la regla, origen de la medida y de la armonía: los dos ofrecen pan y vino al jóven que vuelve de su primera incursión en el mundo. La vejez reposa sentada en un sillón de honor

como representante de la autoridad y de la experiencia; el perro, colocado entre el padre y el abuelo, significa la asociación de la raza animal á los trabajos del hombre. La totalidad del paisaje reproduce el contraste que existe en el carácter de los sexos; del lado del hombre está el espacio sin límites, el Océano con todos sus accidentes; en el de la muger el valle con su horizonte limitado, la arboleda, la población y la tumba. Toda esta alegoría es bella y admirable; lástima que el compás no tenga la autoridad del uso, porque sin duda espresa mejor la idea de igualdad que las monedas que la iglesia emplea para la armonía del matrimonio.